$10
R
XII-03

Matthew Lipman

DULCINEA
LIBRERIA
PAPELERIA
Tel. 455 2667
AGRELO 2189 - ROSARIO

EL DESCUBRIMIENTO DE ARI STÓTELES

3º CICLO

Nilda Burgos

Ediciones NOVEDADES EDUCATIVAS

Buenos Aires • México

Colección: Filosofía y Escuela
Serie: Textos de Filosofía para Niños
Coordinadores: Walter O. Kohan y Vera Waksman

Diseño y diagramación: Patricia Leguizamón
Corrección de estilo: Susana Pardo
Traducción: Cecilia Caputo, Andrea Pac y Vera Waksman

La reproducción total o parcial de este material, en cualquier forma que sea, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Ilustración de tapa: Elena Hadida

© **Ediciones Novedades Educativas**
del Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico S.R.L.
Av. Corrientes 4345 - (C1195AAC) Buenos Aires - Argentina
Tel.: (54 11) 4867-2020/3955 Fax: (54 11) 4867-0220
E-mail: noveduc@noveduc.com.ar www.noveduc.com.ar

Ediciones Novedades Educativas de México S.A. de C.V.
Cerrada del Relox #20 - Colonia Chimalistac, San Ángel - México D.F. - C.P. 01070
Tel./Fax: (52 5) 55 50-9728 / 55 50-9764 - Apartado Postal 22-393 C.P. 14091
E-mail: novemex@infosel.net.mx

I.S.B.N. Nº 987-538-007-5
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

MONTCLAIR STATE UNIVERSITY | Los derechos de la presente edición fueron cedidos por Institute for the Advancement of Philosophy for Children, New Jersey, USA.

Presentación

El descubrimiento de Ari Stóteles es la primera novela de Matthew Lipman, aquélla que da comienzo a la tentativa de este filósofo norteamericano de llevar de manera sistemática la filosofía a la escuela. *Harry Stotlemeier's Discovery*, su título original, fue publicada por primera vez en 1969 y, desde entonces, reeditada, traducida y adaptada a más de veinte idiomas en diferentes lugares del mundo.

El programa *Filosofía para Niños* se conforma de ocho novelas concebidas por edades y áreas de la filosofía. *El descubrimiento de Ari Stóteles* está destinada a chicos de 11 y 12 años y presenta un acercamiento intuitivo a diversos temas relacionados con la lógica formal e informal, así como un recorrido por diferentes problemas filosóficos vinculados con el conocimiento, la mente, la ética, la estética, la educación, entre otros.

A *El descubrimiento de Ari Stóteles* le siguen *Lisa, Suki, Marcos,* que aplican los conocimientos de lógica trabajados en *Ari* a la ética, la estética y la filosofía política, respectivamente. Anteceden a *Ari* las siguientes novelas preparatorias: *Hospital de muñecos,* que trabaja conceptos introductorios y preparatorios en salas de 3 y 4 años; *Elfi,* en la que se discuten los conceptos de diferencias y semejanzas y se introduce el pensamiento analógico, destinada a chicos de preescolar y primer año; *Kío y Agus*, que trata temas de filosofía de la naturaleza y apunta a los chicos de segundo y tercer año y *Pixi*, que aborda cuestiones ligadas con la filosofía del lenguaje y la teoría del conocimiento, para trabajar en cuarto y quinto año.

El descubrimiento de Ari Stóteles fue publicado por primera vez en la Argentina en 1993 por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En la versión que presentamos ahora hemos tenido en cuenta la experiencia de trabajo de varios años con la novela de Lipman en la adaptación de algunos giros idiomáticos, así como de situaciones tal vez algo lejanas a la experiencia de los chicos de nuestro país.

¿Qué es lo que Ari descubre? Ari es un personaje curioso y reflexivo, fascinado por el funcionamiento del lenguaje y el pensamiento, lo que lo lleva a descubrir algunas de las reglas de la lógica aristotélica, tal como su nombre lo indica. Ari se embarca con su grupo de compañeros y sus docentes en una investigación colectiva acerca de estas cuestiones y en la aplicación de estas reglas a diferen-

Ediciones Novedades Educativas

tes situaciones que se les presentan en su vida cotidiana. Así, en las discusiones que sostiene este grupo de amigos se entrelaza el problema de los fines de la educación y la escuela con el razonamiento inductivo; o la situación que plantea al grupo el hecho de que un compañero no pueda ponerse de pie al izar la bandera por sus creencias religiosas con el análisis de las falacias informales.

A lo largo de *Ari* desfilan personajes que ilustran distintos modos de pensamiento y de abordaje de la indagación: Ari el reflexivo, Lisa la intuitiva, Marcos el crítico, María la ingenua, así como distintos tipos de conflictos dentro y fuera de la escuela.

Hace algunos años, cuando presentamos una versión previa de esta traducción de *El descubrimiento de Ari Stóteles* con G. Arbonés,[1] escribíamos que en el programa de Lipman se trataba de "convertir a las aulas en verdaderas comunidades de indagación filosófica, lugares donde se piense crítica y creativamente sobre la realidad individual y social, donde se hagan juicios lúcidos sobre cuestiones como la verdad, el bien la belleza o la justicia, donde cada uno de sus participantes sea autónomo y donde se respeten valores como el cuidado por el otro, la empatía, el pluralismo, el respeto por lo diferente, la solidaridad, la tolerancia". Advertíamos que cada novela está acompañada de un voluminoso manual de apoyo al docente, con las ideas principales delineadas en cada uno de los capítulos de las novelas, así como también con planes de discusión, ejercicios y juegos para explotar las posibilidades del diálogo filosófico en el aula. Decíamos que la consulta de estos manuales era imprescindible para quienes trabajaran con las novelas y desalentábamos "el uso de estas novelas sin una preparación adecuada del docente en la metodología y los objetivos del programa de *filosofía para niños*". Quienes podían ofrecer esa formación apropiada éramos, claro está, nosotros mismos, a través del Centro Argentino de Filosofía para Niños.

Han pasado algunos años, unas cuantas experiencias con *Pixi* y los otros materiales de *filosofía para niños* que nos han hecho pensar de manera algo diferente. Consideramos poco feliz aquella introducción. Por un lado, porque encierra la práctica de la filosofía, volviéndola una tarea para algunos entendidos capaces de iluminar la práctica pedagógica de otros. Ya no creemos que ésa sea una buena forma de actuar en educación. Los propios docentes determinarán el valor de estos textos a partir de su práctica. Por otro lado, porque sacraliza el programa de Lipman como si fuera una receta mágica que "convertirá" las aulas en lo que no son. Hoy pensamos que esta metáfora casi religiosa tal vez no sea la mejor manera de pensar los fines de una experiencia educativa con la filosofía. En verdad, el programa de Lipman es una forma entre otras posibles de practicar la filosofía con los chicos, ciertamente una propuesta sistemática de mucho valor, pero de forma alguna lleva a su culminación las posibilidades educacionales de la filosofía. Simplemente inicia un camino. Hoy consideramos que el lector juzgará el valor de ese movimiento inicial.

W.O.K. y V.W.

1 Esa primera traducción de *El descubrimiento de Ari Stóteles* fue publicada en 1993, en coedición del Centro Argentino de Filosofía para Niños y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Capítulo 1

Probablemente nada de esto hubiera ocurrido si aquel día Ari no se hubiera dormido en la hora de ciencias. Bueno, en realidad no se durmió. Sólo se distrajo. El profesor Bermúdez hablaba del sistema solar y cuando estaba diciendo que todos los planetas giran alrededor del sol, de pronto Ari dejó de escuchar: tenía la mente ocupada en la contemplación de un sol enorme y brillante, con todos los pequeños planetas girando a su alrededor.

De repente, se dio cuenta de que el profesor lo miraba fijamente. Ari intentó despejar su mente para prestar atención a la pregunta del profesor:

–¿Qué es una cosa que tiene una larga cola y tarda setenta y siete años en dar una vuelta alrededor del sol?

Ari se dio cuenta de que no tenía la menor idea de la respuesta que esperaba el profesor. ¿Una larga cola? Por un momento consideró divertida la posibilidad de decir el "Can Mayor" (acababa de leer en una enciclopedia que hay una constelación de estrellas que se llama "Can Mayor"), pero pensó que al profesor no le iba a causar gracia su respuesta.

El profesor Bermúdez no tenía mucho sentido del humor, pero sí una gran paciencia. Ari sabía que tenía un ratito, que podía ser suficiente para encontrar algo que decir. Recordaba que el profesor había dicho "todos los planetas giran alrededor del sol". Y este objeto con cola también daba vueltas alrededor del sol. ¿Podría ser también un planeta? Valía la pena probar.

–¿Un planeta? –arriesgó Ari, con muchas dudas.

No estaba preparado para que todos se rieran de él. Si hubiese prestado atención, habría escuchado al profesor decir que el objeto al que se refería era el cometa Halley y que, si bien los cometas dan vueltas alrededor del sol –igual que los planetas–, justamente no son planetas.

Ediciones Novedades Educativas

Por suerte, en ese mismo momento sonó el timbre y se acabaron las clases de ese día. Pero mientras volvía a su casa, Ari todavía se sentía mal por no haber sabido responder la pregunta del profesor.

Además estaba confundido. ¿En qué se había equivocado? Repasó el razonamiento que había seguido para llegar a aquella respuesta. "Todos los planetas giran alrededor del sol", había dicho muy claramente el profesor. Y este objeto con cola también gira alrededor del sol, pero no es un planeta.

"Así que –se dijo Ari–, hay cosas que giran alrededor del sol y no son planetas. Todos los planetas giran alrededor del sol, pero no todo lo que gira alrededor del sol es un planeta."

Entonces Ari tuvo una idea: "Las oraciones no se pueden dar vuelta. Si la parte final de una oración se pone al principio, la oración deja de ser verdadera. Por ejemplo, si se da vuelta la oración *todos los pinos son árboles*, se convierte en *todos los árboles son pinos*. Pero esta oración es falsa. Así, *todos los planetas giran alrededor del sol* es verdadera, pero si damos vuelta la oración y decimos *todo lo que gira alrededor del sol es un planeta*, entonces ya no es verdadera, es falsa".

Su idea le pareció tan sorprendente que se puso a probarla con más ejemplos. Primero se le ocurrió la oración: *todos los autos de plástico son juguetes*. "Creo que es verdad", pensó. "Ahora la doy vuelta: *todos los juguetes son autos de plástico*." Dada vuelta, la oración resultaba falsa y Ari estaba cada vez más entusiasmado.

Probó con otra oración: *todas las zanahorias son verduras* (Ari tenía debilidad por las zanahorias). Pero la oración dada vuelta era absurda. ¿Todas las verduras son zanahorias? Era evidente que no. Ari estaba emocionado con su descubrimiento. Si lo hubiera sabido por la tarde, seguramente se habría ahorrado aquel mal rato.

En ese momento vio a Lisa.

Lisa era una compañera de su curso, pero Ari tenía la impresión de que no se había reído de él. Y le pareció que si le contaba lo que había descubierto, ella sería capaz de entenderlo.

–Lisa, se me acaba de ocurrir una idea original –dijo Ari casi a los gritos.

Lisa sonrió y se quedó esperando.

–Cuando das vuelta oraciones, dejan de ser verdaderas –dijo Ari.

Lisa frunció la nariz.

–¿Y eso qué tiene de interesante? –preguntó.

–Decí una oración cualquiera y vas a ver –dijo Ari.

–Pero ¿qué clase de oración? –Lisa estaba indecisa–. No puedo inventar una oración cualquiera, así porque sí.

–Bueno –dijo Ari–, una oración con dos clases de cosas, como perros y gatos, cucuruchos de helados y alimentos o astronautas y personas.

Lisa se puso a pensar. Ari esperaba impaciente que dijera algo de una vez, pero justo cuando iba a hablar, negó con la cabeza y siguió pensando.

–¡Dale, dos cosas, dos cosas cualquiera...! –le suplicó Ari.

Al final Lisa se decidió:

–*Ningún cóndor es un león.*

Ari se lanzó sobre la oración como su gato se lanzaría sobre un ovillo de lana que rodara hacia él. En un instante había dado vuelta la oración: *ningún león es un cóndor.* Se quedó helado. La primera oración *ningún león es un cóndor* era verdadera. Pero también lo era su inversa, porque *ningún león es un cóndor* era verdadera.

Ari no entendía por qué su idea no había funcionado.

–Las otras veces funcionó... –empezó a decir en voz alta, pero no pudo terminar la frase.

Lisa lo miraba como preguntándose algo.

"¿Por qué tuvo que decir una oración tan tonta?", pensó Ari enojado. Pero entonces se le ocurrió que, si de verdad hubiese descubierto una regla, esa regla tendría que haber dado resultado tanto con oraciones tontas como con las que no lo eran. Así que, en realidad, nada podía reprocharle a Lisa.

Por segunda vez durante aquel día, Ari tuvo la sensación de que, por una razón u otra, había fracasado. Su único consuelo era que Lisa no se estaba riendo de él.

–Yo creía que había descubierto algo. Lo creía en serio –le dijo a Lisa.

–¿Lo probaste? –preguntó ella.

Lisa lo miraba con sus ojos grises bien abiertos.

–Por supuesto. Tomé oraciones como *todos los planetas giran alrededor del sol, todos los autos de plástico son juguetes* y *todas las zanahorias son verduras*, y me di cuenta de que, cuando la parte final se ponía al principio, las oraciones dejaban de ser verdaderas.

–Pero la oración que yo te di no era como las tuyas –replicó Lisa con rapidez–. Todas tus oraciones empezaban con la palabra *todos*. Pero mi oración empezaba con las palabra *ningún*.

Ediciones Novedades Educativas

¡Lisa tenía razón! Pero ¿ese detalle podía cambiar tanto las cosas? Sólo había una posibilidad: probar con más oraciones que empezaran con *ningún*.

–Si es verdad que *ningún submarino es un canguro* –empezó Ari–, ¿qué pasa con *ningún canguro es un submarino*?

–También es verdad –contestó Lisa–. Y si *ningún mosquito es un chupetín* es verdadera, también lo es *ningún chupetín es un mosquito*.

–¡Es así! –dijo Ari entusiasmado–. Si una oración verdadera empieza con la palabra *ningún*, entonces su inversa también es verdadera. Pero si empieza con la palabra *todos*, entonces su inversa es falsa.

Ari estaba tan agradecido a Lisa por su ayuda que casi no sabía qué decir. Quería darle las gracias, pero se limitó a susurrar algo y se fue corriendo a su casa.

Fue directamente a la cocina, pero al llegar encontró a su mamá parada delante de la heladera hablando con una vecina, la señora Osorio. Como Ari no quería interrumpirlas, se quedó un momento de pie junto a ellas, escuchando lo que conversaban.

–Así como le decía, señora Stóteles. A esa..., a la señora Blanco, que acaba de incorporarse a la cooperadora de la escuela, todos los días la veo ir a comprar vino. Y usted sabe lo preocupada que estoy con esa pobre gente que no puede dejar de tomar. Los veo todos los días. Así que... no sé si la señora Blanco no será, se imagina...

–¿Si la señora Blanco no será como ellos? –preguntó la mamá de Ari, diplomáticamente.

La señora Osorio asintió. De pronto algo hizo clic en la cabeza de Ari.

–Señora Osorio –dijo–, solamente porque, según usted, *todos los que no pueden dejar de tomar* son *personas que compran vino*, eso no significa que *todos los que compren vino* sean *personas que no pueden dejar de tomar*.

–Ari –dijo su madre–, esto a vos no te importa y, además, estás interrumpiéndonos.

Pero Ari pudo ver en la expresión del rostro de su mamá que estaba satisfecha con lo que él había dicho. Así que se sentó a tomar un vaso de leche, sintiéndose más contento que nunca en los últimos días.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, cuando iba a la escuela, Ari vio a Matías que estaba a punto de cruzar la calle.

–¡Eh, Matías! –gritó.

En la clase de matemática, Matías solía ser el primero en terminar los ejercicios. Ari pensó que tal vez a Matías le interesaría conocer el descubrimiento que había hecho con Lisa el día anterior, así que le contó cómo habían descubierto que las oraciones que empiezan con *ningún* se pueden dar vuelta, pero no las que empiezan con *todos*.

–¿Y? –fue todo lo que dijo Matías.

–¿Qué querés decir con "y"? –replicó Ari.

–Lo que quiero decir, antes que nada, es que no le veo la utilidad. ¿Para qué sirve saber que podés dar vuelta una oración y otra no? Y, además, pensándolo bien, ¿cuántas oraciones hay que empiecen con la palabra *todos* o con la palabra *ningún*? Muy pocas.

Y Matías se alejó corriendo.

Pero Ari siguió caminando despacio, pateando una piedra de vez en cuando y teniendo cuidado de no pisar las rayas de las baldosas. Las observaciones de Matías lo preocupaban. Quizás su descubrimiento no era gran cosa, después de todo.

La primera clase del día era de matemática. Estaban estudiando fracciones. El día anterior, el profesor Sartori les había hablado de las distintas fracciones que son iguales a un mismo número. Como de costumbre, Matías fue el primero en entenderlo. Ari llegó a oír cómo se lo explicaba a Tomás.

–Es fácil. Fijáte:

Ediciones Novedades Educativas

ocho más dos son diez

cinco más cinco son diez

doce menos dos son diez

veinte dividido dos son diez

cinco por dos son diez...

Tomás dijo, después de alguna vacilación:

–No sé multiplicar ni dividir.

Matías, impaciente, le contestó:

–No es necesario que sepas multiplicar ni dividir. Sólo son ejemplos. Únicamente trato de hacerte ver de cuántas maneras distintas se puede obtener el número diez. Hay miles de formas y todas son iguales a diez.

Ahora, sentado en su banco, Ari seguía pensando en la conversación que habían tenido Matías y Tomás. "Si hay muchas maneras de obtener un número –se dijo–, ¿no podrá ser que haya muchas palabras que sean todas iguales a una misma palabra? Igual que *padre* puede decirse *papá*, *papi* o *pá*." De pronto tuvo una idea: "¿y si palabras como *todos* y *ningún* fueran, en realidad, como el número diez del que Matías estaba hablando a Tomás? Porque, de ser así, cualquier clase de oración podría transformarse en una oración que empezara con la palabra *todos* o la palabra *ningún*".

Pero, cuando se puso a buscar algunas otras oraciones que pudieran transformarse del modo en el que él quería, no se le ocurrió ni una sola.

Después de quedarse con cara de preocupación durante unos instantes, Ari empezó a preguntarse si los otros chicos de la clase iban a poder ayudarlo. Entonces, levantó su mano y cuando el profesor le dio la palabra, Ari explicó su problema y preguntó si la clase podría ayudarlo. En la escuela se decía que con el profesor Sartori se podía contar y Ari tenía razón al pensar que aceptaría ayudarlo. El profesor incluso volvió a exponer el problema a la clase porque, con el apuro, Ari no lo había explicado muy bien.

La primera sugerencia vino de Rodrigo.

–Fíjense –dijo–, supongamos que estuviéramos hablando de los chicos de esta clase. Podríamos decir, por ejemplo, *todos los chicos en esta clase son argentinos*. Pero también podríamos decir *cada persona de esta clase es argentina*, o bien *toda persona de esta clase es argentina* y las tres oraciones significarían lo mismo. Porque si acá todos somos argentinos, entonces cada uno de nosotros es argentino.

El profesor tomó una tiza, se dirigió al pizarrón y escribió: "Expresiones que significan lo mismo que *todos*". Y empezó una lista:

1. cada
2. todo

Lisa ya tenía la mano levantada.

–*Cualquier* –dijo–, porque si acá todos somos argentinos, entonces cualquiera de nosotros también tiene que ser argentino.

El profesor se dio vuelta hacia el pizarrón y escribió:

3. cualquier

Matías levantó la mano antes de que Lisa hubiera terminado de hablar y dijo:

–¿Y *un* o *una*? Quiero decir que si yo digo *un argentino nunca dice que no a un asado*, eso es lo mismo que decir *todos los argentinos son personas que nunca dicen que no a un asado*, ¿no?

El profesor agregó a su lista:

4. un/una

–Me parece –dijo el profesor, después de un rato en el que no hubo sugerencias–, que no hay necesidad de ninguna palabra especial: basta con el artículo *los/las*. Si decimos *las papas fritas son saladas* o *los Mercedes Benz son caros*, queremos decir que *todas las papas fritas son saladas* y que *todos los Mercedes Benz son caros*.

La clase se quedó en silencio. El profesor escribió en el pizarrón:

5. los/las

Tímidamente, Tomás levantó la mano.

–Hablá Tomás –dijo el profesor.

–Bueno... –empezó Tomás, vacilante–. A veces, cuando digo *si* quiero decir *todos*. Como cuando digo: *si sos miembro de esta clase, entonces sos argentino*.

El profesor Sartori escribió en el pizarrón:

6. si... entonces

En el momento en que terminaba de escribirlo, sonó el timbre.

–¿Por qué no copian esta lista en sus carpetas? –sugirió–. Después, si se nos ocurren más, las agregamos –y dándose vuelta hacia Ari, preguntó–: ¿Te ayudamos, Ari?

Ari asintió. Estaba muy contento y agradeció al profesor por haber discutido su problema en clase.

No tuvo tiempo de volver a pensar en el asunto hasta después de comer, mientras se hamacaba en la baranda de las escaleras.

Ediciones Novedades Educativas

–"Bueno, algo conseguimos –se dijo–. Le mostramos a Matías que, aunque de hecho pocas oraciones empiezan con las palabras *todos* o *ningún*, hay muchísimas oraciones que pueden transformarse en oraciones que empiecen con *todos* o *ningún*."

Pero Ari no había olvidado la otra pregunta de Matías, "¿para qué sirve todo esto?", y no podía encontrarle una buena respuesta.

En aquel momento apareció Matías, parecía preocupado.

–¡Eh, Matías! ¿Qué te pasa? –le preguntó Ari.

Parecía que Matías iba a seguir de largo, pero se encogió de hombros y se sentó cerca de Ari en las escaleras.

–Mi papá siempre habla como si yo, cuando sea grande, fuera a ser ingeniero como él. Cuando le digo que a lo mejor voy a querer dedicarme a otra cosa, se enoja.

–¿Por qué quiere que seas ingeniero? –preguntó Ari.

–Porque siempre saco buenas notas en matemática. Me dice: "todos los ingenieros son buenos en matemática, y vos sos bueno en matemática, así que sacá vos mismo la conclusión".

Ari se quedó callado un momento. Pensaba en las palabras de Matías y las ordenaba en su cabeza. De pronto, exclamó:

–¡Matías, eso no es correcto!

–Ya lo sé–replicó Matías, frunciendo el ceño–, por supuesto que no.

–Quiero decir –dijo Ari–, lo que dice tu papá es *todos los ingenieros son buenos en matemática*, ¿no? Bueno, ésa es una de esas oraciones que no pueden darse vuelta. De modo que no se sigue que todas las personas que son buenas en matemática sean ingenieros. Y estoy seguro de que es así. Estoy seguro de que hay muchas personas que no son ingenieros, como por ejemplo médicos o pilotos de avión, y son buenas en matemática. ¡Así que no está bien decir que sólo porque sos bueno en matemática, tenés que ser ingeniero!

–¡Es verdad! –dijo Matías–. Aunque es verdad que todos los ingenieros son buenos en matemática, no por eso se sigue que sólo los ingenieros son buenos en matemática.

Se puso de pie, saludó a Ari rápidamente, y salió corriendo. En los juegos, Ari se puso a hacer piruetas en el pasamanos antes de volver a su casa. Sospechaba que al padre de Matías no le iba a impresionar mucho el nuevo argumento de su hijo. Pero, por lo menos, había conseguido que Matías viera que la idea tenía cierta utilidad. Con este pensamiento, Ari se olvidó del asunto y siguió jugando.

Capítulo 3

Lisa y Julieta almorzaban juntas, sentadas en el escalón más bajo de la escalera. Según su costumbre, cada una compartía con la otra la mitad de su sándwich. El de Julieta era, como siempre, de jamón. El de Lisa, como siempre, chorreaba mayonesa.

–Tendrías que ver la cara de mi papá cuando me ve ponerle tanta mayonesa al pan –dijo Lisa–. Dice que el solo pensamiento de semejante porquería lo descompone.

–No me extraña –replicó Julieta–. Mi mamá siempre me está diciendo que debería tomar leche en vez de gaseosas. ¡Leche! ¡Puaj!

Pero Lisa todavía estaba pensando en la observación de su padre. "¿El pensamiento de semejante cantidad de mayonesa le da asco? ¿Cómo un simple pensamiento podría descomponerlo?"

–A mí los pensamientos me alegran la vida –dijo Julieta, después de un rato–. Por ejemplo cuando pienso en mi perro, Sandy. Es un collie. Siempre se está tirando encima de la gente y mi papá lo llama Romeo. Otras veces le pone nombres absurdos, como Pelandrún o cosas así. Cada día, cuando vuelvo de la escuela, lo saco a pasear y hace pis en todo lo que tenga el más mínimo parecido con un árbol.

–Ya sé lo que querés decir –dijo Lisa, volviendo al tema–. Cuando estás en la escuela, pensás en él y es agradable tener un pensamiento que te gusta, sentir que te acompaña.

Julieta estaba contenta de que Lisa hubiera entendido.

–Es verdad –exclamó–. Cuando dejo a Sandy, el pensamiento de él viene a la escuela conmigo y casi puedo sentirlo saltar sobre mí para que le juegue.

Lisa revolvía en la bolsa del almuerzo buscando alguna golosina. De mala gana se conformó con una pera.

Ediciones Novedades Educativas

–Es curioso –dijo después de un rato– que estemos hablando de pensamientos. Ari Stóteles siempre está hablando de cómo pensamos. ¿Te acordás de aquella discusión que tuvimos en clase el otro día?

–¿Cómo pensamos? –repitió Florencia, que acababa de acercarse, y se había sentado con ellas.

–Sí, resulta que Ari siempre está hablando del pensar.

–Bueno, ¿por qué no? –preguntó Julieta–. En la escuela hablamos de todo lo demás, del promedio de lluvias anuales, de guerras, de las adicciones y de la con-tami-na-ción am-bien-tal.

Las chicas se rieron, reconociendo que Julieta estaba imitando a la profesora Hernández, la de lengua. Pero Flor quería seguir hablando del tema.

–Cuando decís *el pensar*, ¿qué querés decir: los pensamientos que tenemos en la cabeza..., o sea, ideas, recuerdos, sueños y todo eso... o la manera cómo pensamos?

–¿Qué querés decir con eso de la manera cómo pensamos? –preguntó Julieta.

–¡Ah, ya sé! –dijo Lisa enseguida–, es eso de lo que Ari y yo estábamos hablando. Cuando sabés algo y tenés que ir más allá de lo que ya sabés, tenés que pensar. Tenés que razonar.

–Pero tener simplemente pensamientos no es lo mismo que pensar –dijo Flor–. Yo siempre tengo la cabeza llena de pensamientos. No sé de dónde vienen. Para mí son como burbujas en la gaseosa..., simplemente salen a la superficie y no vienen de ningún lugar.

–Yo no pienso así de mis pensamientos –dijo Julieta en voz baja–. Para mí son como murciélagos que duermen colgados cabeza abajo en una caverna oscura. Por la noche se despiertan, aletean por toda la caverna haciendo un ruido infernal y yo no puedo dormir por culpa de los pensamientos que cruzan mi mente. Pero, de vez en cuando, uno de ellos sale de la caverna y entonces se convierte en pájaro, incluso en cóndor, ya no se lo puede atrapar y puede ir lejos, tan lejos como quiera.

Lisa asintió.

–Mi mente es como un mundo en sí misma. Es como mi habitación. Ahí tengo los libros en la biblioteca, y a veces agarro uno para leer y otras veces, otro. Y hago lo mismo con mis pensamientos. Tengo mis pensamientos preferidos. Y tengo otros que detesto.

–Pero los pensamientos no son verdaderamente reales –observó Julieta. Quiero decir que no son reales como las cosas de tu habitación. Mi pensamiento de Sandy no es el Sandy real. El Sandy real está lleno de pelos. Pero mi pensamiento de Sandy no es para nada peludo.

–Bueno, pero es un pensamiento real –contestó Flor.

–¿Querés decir –preguntó Lisa a Julieta– que si hay algo afuera de tu mente a lo que se parece tu pensamiento, entonces tu pensamiento no es más que una copia o imitación y no es verdaderamente real? Por ejemplo, si afuera hay un perro llamado Sandy, entonces ¿mi pensamiento del perro no es verdaderamente real porque no es más que una copia del perro? ¡Pero tenemos muchos pensamientos que no son copia de nada!

–¿Por ejemplo cuáles? –preguntó Julieta.

–Por ejemplo, los números –contestó Lisa con decisión–. ¿Viste alguna vez un número caminando por la calle o parado por ahí? El único lugar donde los números son reales es nuestra mente. Y seguro que hay un montón de cosas que, como los números, sólo son reales en nuestra mente.

–¿Y los sentimientos? –interrumpió Flor–. Cuando te sentís triste o alegre, ¿no están esos sentimientos en tu mente? ¡Tampoco vi nunca un sentimiento caminando por la calle!

Lisa no contestó. No estaba segura sobre los sentimientos. O, por lo menos, no estaba segura de dónde estaban. Pero sabía que tenía una mente llena de colores, sabores y sonidos que podía recordar, así como de ideas que inventaba o que simplemente se le ocurrían.

Decidió hablar de esto con Ari alguna vez.

Las tres chicas se fueron levantando para ir a clase. Flor se detuvo para atarse los cordones de las zapatillas y, cuando llegó, la mayor parte de la clase estaba mirando los hámsters que acababa de traer Melina. El timbre iba a tocar de un momento a otro y había dos alumnos más grandes parados en la puerta del aula. Eran dos chicos bastante corpulentos y se pusieron a molestar a Flor, no dejándola pasar. Quizás lo hicieron porque era una chica y ella pensó que probablemente lo hacían no sólo porque era mujer, sino también por el color de su piel y su clase social; pero ella no se inmutaba cuando la molestaban por esas cosas y los empujó sacándolos de su camino. La profesora Hernández se dio vuelta justo para ver lo que estaba haciendo Flor y la retó.

Flor no dijo nada. De pronto hizo algo inesperado. Empezando por el primer banco de la fila se puso a dar golpes en todas las mesas, una por una, hasta recorrer toda el aula. Recién entonces se sentó tranquilamente en su lugar.

Mucho después -de hecho, hasta la noche- Lisa conservó grabada en su mente la extraña imagen de Flor dando golpes de mesa en mesa, en medio de la clase en silencio. Fue una imagen que se le volvió a presentar con gran vivacidad cuando iba a dormirse. Pero luego la sustituyó otra imagen: el pasillo de la escuela, donde un gran número de animales se había reunido en torno al bebedero. No hacían gran cosa, algunos bebían, pero la mayoría se

Ediciones Novedades Educativas

limitaba a estar ahí. Y Lisa notó una cosa extraña en cada uno de ellos. Las cebras tenían garras. Las jirafas tenían colas largas y peludas. Los elefantes tenían enormes bigotes. Un búfalo trataba de aplastarse contra el suelo, preparándose para saltar sobre un ratón de ojos verdes. Los chimpancés tenían todos orejas puntiagudas y ojos oblicuos, y un oso se dedicaba a lamerse la pata y a lavarse la cara con ella.

¡Qué escena tan rara! Lisa se preguntaba si estaba soñando y entonces, extrañamente, recordó algo de lo que había estado hablando con Ari. Se habían dado cuenta de que *todos los gatos son animales* es verdadera y que no se puede dar vuelta la oración y decir *todos los animales son gatos*.

"De modo que todos los animales no son gatos –pensó Lisa–, pero en la ficción pueden serlo. Y en los sueños, también. Yo puedo imaginar lo que quiera y cuando lo hago, las reglas de Ari no tienen aplicación."

Era algo que había estado preocupándola y ahora lo había resuelto. Se sintió satisfecha y, con una leve sonrisa, se quedó dormida y volvió a soñar con el bebedero del pasillo en el que todos los animales ahora eran gatos, y con una granja en la que todas las verduras eran zanahorias, incluso las lechugas y las cebollas, y con un mundo en el que todos tenían doce años, incluso los nenes chiquitos y los adultos, incluso sus abuelos, todos. Y aun así, mientras soñaba, sabía que, cuando despertara, lo haría en un mundo en el que todos los gatos son animales, pero no todos los animales son gatos.

Aquella noche, Matías daba vueltas en su cama y no podía dormirse. Matías estaba orgulloso de que la aritmética le resultara más fácil que al resto de los otros chicos. Pero también le gustaba lengua. La literatura no tanto. Lo que más le gustaba era la gramática. En realidad, a pocos chicos les gustaba la gramática, pero a Matías sí. Le gustaba ver cómo se conectaban entre sí las diferentes partes de las oraciones.

–Podés desarmar una oración exactamente igual que desarmás un despertador viejo y desparramás en el suelo todas sus piezas delante tuyo –le dijo una vez a Tomás.

Tomás siempre estaba preguntándole a Matías cómo hacer los ejercicios de matemática y lengua.

Pero ahora Matías estaba pensando en el descubrimiento de Ari y en lo que pasó cuando lo probó con su padre.

–Papá –le había dicho–, ¿te acordás de lo que me dijiste el otro día, que todos los ingenieros son buenos en matemática y que por eso tengo que ser ingeniero?

El papá de Matías cerró el diario, se quitó los anteojos, apagó el cigarrillo en el cenicero y, finalmente, contestó:

–Sí, ¿por qué?

–Bueno –dijo Matías–. Es que... dijiste: *todos los ingenieros son buenos en matemática*. De acuerdo. Y vos sos ingeniero. Así que ya se sabe lo que quiere decir: quiere decir que sos bueno en matemática, ¿no?

El padre de Matías asintió y su hijo continuó:

–Pero, papá, de la oración *todos los ingenieros son buenos en matemática* no se deduce que yo también tenga que ser ingeniero sólo porque resulta que soy bueno en matemática.

–¿Por qué no? –preguntó el papá de Matías.

De pronto, Matías se dio cuenta de que se había olvidado la explicación de Ari. Se quedó desconcertado, temiendo que su papá volviera a abrir el diario y se pusiera a leer. Entonces se acordó:

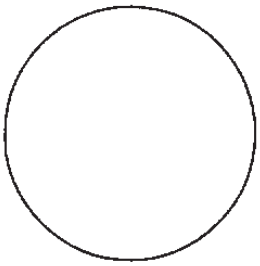
–Porque una oración de esa clase no se puede dar vuelta –dijo triunfalmente, y comenzó a explicar a su padre lo que le había dicho Ari.

El escuchó pacientemente, y luego dijo:

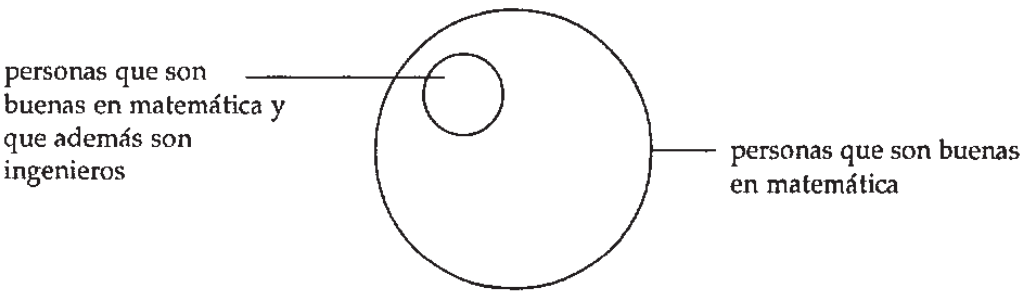
–De acuerdo, pero a mí me gusta saber por qué las cosas son como son. De modo que lo que quiero que me expliques ahora es: ¿por qué las oraciones que empiezan con la palabra *todos* no se pueden dar vuelta?

Matías movió la cabeza negativamente y admitió que no sabía por qué.

–Bueno, yo tampoco lo sé –dijo su padre–, pero estoy dispuesto a intentar averiguarlo. Mirá, vamos a hacer lo siguiente –sacó del bosillo un sobre viejo y se puso a escribir en el dorso–. Voy a dibujar un círculo grande y le voy a poner un nombre, así:



Lo que quiero decir es que todos los que son buenos en matemática están dentro de este círculo. Ahora voy a dibujar un segundo círculo dentro del primero, así:



Ediciones Novedades Educativas

Eso significa que el círculo pequeño sólo encierra ingenieros, pero que todos ellos son buenos en matemática porque también están dentro del círculo grande. Ahora podés ver, Matías, cómo el círculo chico cabe dentro del grande, pero el grande no cabe dentro del chico.

Matías se quedó mirando a su papá.

–¿Querés decir que ésa es la razón por la cual no podemos dar vuelta las oraciones que empiezan con *todos*? ¿Es porque se puede incluir un grupo pequeño de personas o cosas dentro de un grupo más grande, pero no un grupo grande dentro de uno más pequeño?

–Por lo visto, en eso consiste todo –contestó su padre.

–Claro. Es como si dijeras *todos los cordobeses son argentinos*. Eso de ningún modo significa que *todos los argentinos son cordobeses*. Porque si Córdoba es parte de la Argentina, la Argentina no puede ser parte de Córdoba.

–También significa –dijo su papá–, que, aunque es verdad que todos los ingenieros son buenos en matemática, no se sigue que todas las personas buenas en matemática sean ingenieros.

–¡Entonces yo tenía razón! –exclamó Matías.

–Tenías razón –dijo su padre con una leve sonrisa–. Tenías toda la razón.

Se puso los anteojos, encendió otro cigarrillo y volvió a leer el diario.

Capítulo 4

Tal como lo había pensado, Lisa le contó a Ari acerca de su conversación con Flor y Julieta.

–Flor dice que sus pensamientos son reales –le dijo.

–Seguro que el hermanito de Suki piensa lo mismo –replicó Ari–. Tiene dos años y el otro día dice Suki que lo oyó decir, mientras dibujaba: "Tengo un pensar y hago una raya alrededor de mi pensar".

–Bueno, ¿son o no son reales los pensamientos? –preguntó Lisa con impaciencia.

–Todavía no lo sé –dijo Ari, mientras jugaba con su pelota de fútbol. En algunos aspectos hasta son más reales que las cosas. Porque cuando las cosas no están a la vista, no podemos estar seguros de que siguen existiendo, mientras que siempre llevamos con nosotros nuestros pensamientos. Puedo cerrar los ojos y hacer que el mundo desaparezca, pero no puedo hacer que desaparezcan mis pensamientos.

Ari se quedó jugando en el patio y Lisa entró a la escuela. "No hay nada que hacer", pensó. Encontró a la profesora Hernández sentada en la sala de profesores. La profesora saludó a Lisa con un gesto y volvió a mirar por la ventana.

–Lisa –dijo–, ¿podrías ayudarme? Tengo que elegir un tema para que hagan un trabajo para la semana que viene, pero no estoy satisfecha con ninguna de las ideas que se me ocurren.

–¿Un tema de qué tipo?

–Bueno, ¿qué te parece escribir sobre "La cosa más grande del mundo"?

Lisa se quedó pensando.

–¡Uffffff!

Ediciones Novedades Educativas

–¿Uffffff? –preguntó la profesora Hernández.

–Quiero decir que no me gustaría –dijo Lisa–. Además, ¿qué quiere decir con "grande"? ¿Enorme o importante?

La profesora parecía desconcertada. Entonces exclamó:

–¡Tenés razón! Podría significar las dos cosas, ¿no? Bueno, ¿cómo sugerirías que lo dijera?

–¿Por qué no nos hace escribir sobre lo que más nos interesa a nosotros? –replicó Lisa.

La profesora asintió.

–Gracias, Lisa. Es una buena idea.

Más tarde, al comenzar la clase, anunció el tema como "Lo más interesante del mundo".

Tomás levantó la mano.

–¿A qué se refiere como lo más interesante, a algún tema de estudio como historia o biología, o a algo que se pueda tocar o agarrar como una pelota de fútbol o una raqueta de tenis?

–¡Pero! –se lamentó la profesora Hernández, mirando a Lisa–. ¡Hice lo mismo otra vez! Tomás, tenés toda la razón al hacer esa pregunta. Tengo que ser más precisa. Sí, lo más interesante puede ser un objeto como una pelota de fútbol, algo que se puede ver, tocar y medir, o puede ser algo más vago y difícil de definir, como una actividad.

–¿Por ejemplo, hacer lo que más te gusta? –preguntó Flor.

–Bueno, pensaba más bien en actividades o procesos como la respiración, la oxidación, el volar o el esquiar..., algo así –contestó la profesora.

Ari anotó la consigna en su cuaderno amarillo. Hasta el domingo no volvió a pensar en el trabajo. Como de costumbre, escribió con gran lentitud. Y, por mucho que lo intentaba, no lograba que las palabras le quedaran pegadas a las líneas. Su trabajo empezaba así:

Pensar

Para mí, lo más interesante del mundo es pensar. Ya sé que hay muchas cosas que son importantes y maravillosas, como la electricidad, el magnetismo y la gravedad. Pero aunque nosotros las entendamos a ellas, ellas no pueden entendernos a nosotros. Por eso, pensar debe ser algo muy especial.

Ari escribió varios párrafos más y, cuando terminó, guardó el trabajo en la mochila. Al hacerlo, un pensamiento se le cruzó por la mente. "En la escuela

pensamos sobre la matemática, la ortografía y la gramática. Pero, ¿quién escuchó alguna vez pensar sobre el pensar?" Así que agregó esta frase a su redacción:

"Si pensamos sobre la electricidad, la podemos entender mejor, pero cuando pensamos sobre el pensar es como si nos entendiéramos mejor a nosotros mismos."

La mamá de Ari se sentó al otro lado de la mesa del comedor donde Ari había estado haciendo los deberes. Le preguntó cómo le iba en matemática. No era un tema acerca del cual a él le gustara especialmente hablar. De modo que sólo dijo "bien". Entonces, se le ocurrió contarle cómo el profesor Sartori había tomado parte del tiempo de la clase de matemática para discutir la idea que él había tenido sobre la inversión de oraciones y cómo los otros chicos de la clase habían intervenido para ayudarlo a construir oraciones básicas que funcionaran como mínimo común denominador. Pero no le contó que Benjamín Borzi y Santiago Mendoza se habían burlado de él y de su "lenguaje simple", como ellos decían. A Ari no le gustaba que se burlaran de él.

La mamá de Ari escuchaba con toda atención. Siempre parecía un poco preocupada, incluso cuando no lo estaba.

–Ari –dijo–, me parece que está muy bien lo que hacés. Pero, ¿de verdad creés que podés tomar toda clase de oraciones y reducirlas sólo a dos clases, las que empiezan con *todos* y las que empiezan con *ningún*?

Ari dijo "seguro", pero, en realidad, no estaba muy seguro.

La mamá de Ari paseó la mirada por la habitación: miró el pez en la pecera, el geranio en la maceta de la ventana, los libros en la biblioteca... Luego dijo:

–¿Cómo dirías en tu lenguaje una frase como "en la habitación hay siete sillas"?

Ari sabía, incluso antes de enfrentarse con la oración, que no iba a funcionar. No se podía decir "todas las sillas están en la habitación" si había precisamente siete. Y, ciertamente, tampoco lo era decir "ninguna silla está en la habitación". La madre de Ari intentó ayudarlo, lo pensaron juntos y estuvieron hablando, pero no sirvió de nada. Además, se le ocurrían otras oraciones tan difíciles de resolver como ésas. ¿Qué hacer con "hay sillas en la habitación" o "muchas sillas están en la habitación", o incluso algo fantasioso como "casi todas las sillas del mundo están en la habitación"?

Al día siguiente, Ari le preguntó al profesor Sartori si podía ayudarlo con su problema.

–Bueno, Ari –dijo el profesor–, te acordarás de que el otro día escribimos en el pizarrón una lista de palabras que podían ser sustituidas por la palabra

Ediciones Novedades Educativas

todos, ¿no? Ahora me decís que no sabés qué hacer con oraciones que empiezan con palabras como *casi todos, muchos, pocos*, etcétera. Pero, ¿no habrá una sola palabra que pueda sustituir a todas ellas?

–No se me ocurre ninguna –se lamentó Ari.

–A mí, sí –dijo alguien.

Ari se dio vuelta. Era Miguel, quien había estado sentado detrás de él escuchando la conversación.

–Si lo que buscás es una palabra que esté entre *todos* y *ningún*, entonces ¿por qué no utilizar *algunos*? –sugirió Miguel.

El primer impulso de Ari fue decir: "Salí, Miguel, ¡eso no va a servir!". Pero cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Miguel podía tener razón. Como había dicho Miguel, necesitaba una palabra que pudiera aplicarse en cada caso que fuera menos que todos, pero más que ningún. Entonces, ¿por qué no algunos, como proponía Miguel?

En ese momento, el profesor Sartori comentó:

–A mí me parece bien, Miguel.

Ari ya se había convencido.

Cuando llegó la hora de matemática, el profesor Sartori dijo a la clase que iba a emplear unos minutos para agregar algo al lenguaje básico que estaban desarrollando. Y les contó la sugerencia de Miguel. Los chicos anotaron en sus cuadernos: "Cuando hay menos que todos, pero más que ningún, decimos algunos".

Matías tenía la mano levantada.

–Veo un problema.

"Él siempre ve problemas", se dijo Ari a sí mismo.

–¿Cuál es tu pregunta, Matías? –preguntó el profesor.

–Es que –dijo Matías–, cuando trabajábamos con *todos* y *ningún* era como si tuviéramos una especie de contrarios, ¿entiende lo que quiero decir? *Todos* viene a ser como el contrario de *ningún*, y *ningún* el contrario de *todos*. Pero si la oración empieza con *algunos*, entonces ya no hay ningún contrario.

–¿Y quién dice que lo necesitamos? –preguntó Ari.

–Lo digo yo –dijo Matías en tono cortante–, y puedo mostrarte ejemplos con oraciones.

–Muy bien, mostrámelos –replicó Ari. Y mientras decía eso, sabía que Matías lo haría. Ari murmuró: –¡Imbécil!

–Por ejemplo, una oración como *la mayoría de las personas no son pobres* –empezó Matías, como si no hubiese oído lo que había dicho Ari.

–¡Eso es mentira! –dijo Daniel–, la mayoría de las personas no son ricas.

Matías lo miró fastidiado.

–No es más que un ejemplo –dijo–. Pero de acuerdo, pongamos otro: *a muchas personas no les gusta bañarse.*

Varios miembros de la clase asintieron al segundo ejemplo de Matías.

De pronto, Ari vio claro el problema.

–¡*Algunos* está bien! –casi gritó–. ¡*Algunos* está bien! ¡Es el verbo lo que cambia! –los compañeros lo miraron sin entender–. ¡En un caso el verbo es *son* y en el otro *no son*!

El profesor miró a Matías.

–Tu observación fue buena, Matías, muy buena. Pero me parece que Ari también tiene razón. A ver si logro resumir lo que hemos adelantado –se acercó al pizarrón–. Voy a escribir cuatro oraciones distintas, pero con el mismo sujeto y predicado.

Todas las materias son interesantes.

Ninguna materia es interesante.

Algunas materias son interesantes.

Algunas materias no son interesantes.

Ari suspiró aliviado. ¡Cuánto habían avanzado! Dejó de escribir en su cuaderno para mirar cómo todos los demás compañeros de la clase anotaban cuidadosamente lo que el profesor acababa de escribir en el pizarrón. Hasta Matías estaba escribiendo.

Unos días después, la profesora Hernández devolvió a Ari el trabajo que había escrito sobre *"pensar"*. La profesora había escrito muchas notas en los márgenes, pero una frase interesó a Ari sobre todo: "Tenés razón, Ari –había escrito–, no hay nada en el mundo más maravilloso que nuestra comprensión del pensar".

Ari lo leyó una y otra vez, con gran admiración. "Lo expresó tan bien... –pensó–. Yo nunca lo hubiera podido expresar así."

"Adultos", se dijo. Y cerró la mochila, listo para volver a casa. Al salir por la puerta lateral de la escuela, una piedra pasó zumbando junto a su cara y rompió el vidrio de la puerta. Ari se dio vuelta a tiempo para ver a alguien que corría, pero no pudo ver quién era. Sin embargo, lo primero que pensó Ari fue que el que había tirado la piedra había sido Matías.

Ediciones Novedades Educativas

Capítulo 5

–¡Adultos! –dijo Marcos cuando la portera los echó a él y a su hermana gemela fuera de la escalera.

María, como siempre, conservaba la calma.

–Es su trabajo –observó–. Cuando trabajás decís y hacés cosas con las que podés no estar de acuerdo, como cuando en la escuela representás un papel en una obra de teatro y tenés que decir frases que no dirías de verdad.

Marcos no dijo nada. Su hermana siempre le estaba explicando cosas. No solía estar de acuerdo con ella, pero rara vez sabía por qué. Entonces se les acercó Ari. Venía comiendo caramelos. Convidó primero a Marcos y luego, como pensándolo mejor, a María.

Marcos dijo:

–¡Qué plomo historia! ¡Me muero de aburrimiento en esa materia!

Ari no tenía ganas de discutir.

–Algunas de las materias están bien y algunas, no –contestó.

De pronto, a Ari le vino a la mente la imagen del profesor Sartori escribiendo en el pizarrón:

Algunas materias son interesantes.

Algunas materias no son interesantes.

Pero esperó, mientras Marcos continuaba.

–No hay ninguna que valga la pena –dijo Marcos–. Todas están mal.

–Marcos –dijo María, con un poco de enojo en su voz–, que para vos algunas materias no sean interesantes no significa que ninguna lo sea.

–No es que lo signifique –contestó Marcos–. Son aburridas, y listo.

Pero María continuaba como si no lo hubiera oído.

–De hecho –dijo–, si algunas materias no son interesantes, tiene que haber otras que sean interesantes.

Ediciones Novedades Educativas

Ari la miró como si no le creyera.

–¿Quéééé? –preguntó al fin.

–Dije... –empezó María, y repitió lo que había dicho–. Y no estoy inventando nada –agregó–. Pensálo vos.

Marcos puso un libro en el suelo y, usándolo como almohadón, probó sostenerse con la cabeza.

–Lo uno no se deduce de lo otro, María –objetó Ari–. Mirá –dijo, sacando del bolsillo la bolsa de caramelos, que todavía estaba casi llena–. Supongamos que no supieras qué clase de golosinas hay en esta bolsa, y luego vieras sacar tres, y las tres fueran caramelos de limón, ¿se puede deducir de eso que hay otras golosinas en la bolsa que no son caramelos de limón?

–¿Querés decir si yo podría saber de qué tipo y sabor son las otras sin verlas? No, supongo que no.

–¡Correcto! –exclamó Ari–. Si todo lo que sabés es que algunas de las golosinas son caramelos de limón, no podés decir cómo son las otras, y por supuesto no podés decir, porque algunas son caramelos de limón, que otras no lo sean.

María dijo que no entendía nada de lo que estaba diciendo Ari; en ese momento Marcos ya estaba nuevamente de pie.

–Entonces, si unos marcianos aterrizaran aquí en el patio, en este mismo momento, y viéramos que son muy altos, ¿qué demostraría eso sobre los otros marcianos que pudieran existir? –preguntó Marcos.

–No se deduciría que los otros sean altos, pero tampoco que no lo sean –contestó Ari–. No podrías decir ni una cosa, ni la otra.

María se quedó pensativa.

–Pero la gente siempre está sacando conclusiones apresuradas. La gente que se encuentra con un italiano o un judío, enseguida saca la conclusión de que todos los italianos son de tal modo, o todos los judíos de tal otro.

–Es verdad –dijo Ari–. El único ejercicio que practican algunos es sacar conclusiones apresuradas.

–Y meterse con otras personas –comentó María.

Marcos, sin embargo, todavía estaba pensando en lo que habían estado hablando antes.

–Sigo pensando que las clases de historia son horribles. De hecho, todas las clases en esta escuela son horribles. Es una escuela horrible.

–¿Hay mejores? –preguntó Ari.

–No –contestó Marcos–, seguramente no hay. Conozco a chicos que van a escuelas privadas, estatales, laicas o religiosas y, por lo que cuentan, las escuelas son todas horribles.

–¿Qué hace que sean tan malas? –preguntó Ari.

–Los adultos –respondió Marcos en seguida–. Organizan las escuelas para su propia conveniencia. Mientras hagas lo que dicen, bien; pero si no, perdiste.

María y Ari estaban un poco molestos con lo que Marcos estaba diciendo. Pero María seguía sentada sin moverse, mientras Ari caminaba de un lado a otro. Por fin, agarró una piedra del suelo y la tiró a una columna. Falló por más de medio metro.

–Marcos –empezó María con calma–, sólo lo hacen por nuestro bien.

–Sí –dijo Marcos–, seguro que lo llamarán "bien" hagan lo que hicieren.

–Bueno, pero alguien tiene que dirigir las escuelas, así que tienen que ser los adultos, porque ellos saben más que nosotros. Con otras cosas pasa lo mismo. Vos no querrías volar en un avión piloteado por un nene ¿no? Y no querrías ir a que te operaran de apendicitis a un hospital en el que los cirujanos y las enfermeras fueran nenes, ¿no? Entonces, ¿qué se puede hacer más que dejar que los adultos dirijan las escuelas, ya que son los únicos que lo pueden hacer bien? –María tomó aire, había hablado mucho.

Marcos parecía malhumorado.

–Yo no inventé la idea de que los chicos deban dirigir las escuelas, fuiste vos. Claro que, andá a saber, si lo hicieran, las cosas no irían peor de lo que van ahora.

Ari movió la cabeza negativamente.

–No es cuestión de si los adultos deben dirigir las escuelas o si tendrían que ser los chicos. Ésa no es la cuestión para nada. El asunto es si las escuelas deberían ser dirigidas por gente que sabe lo que hace o por gente que no sabe lo que hace.

–¿Qué querés decir con "que sabe lo que hace"? –preguntó María.

Ari se encogió de hombros.

–Que entienda, supongo –contestó–. El que dirigiera las escuelas tendría que entender a los chicos, por ejemplo. Creo que Marcos tiene razón. Muchas veces no nos entienden. Pero lo más importante que tendrían que entender es, en primer lugar, por qué vamos a la escuela.

–Vamos a la escuela para aprender –dijo María.

–¿De veras? –preguntó Ari–. ¿Y qué tenemos que aprender?

–Supongo que respuestas –María se preguntaba adónde quería llegar Ari. De pronto, le pareció darse cuenta–. No, retiro eso. Tenemos que aprender a resolver problemas.

Marcos miró a María, luego a Ari, luego otra vez a María.

–¿Tendríamos que aprender a resolver problemas –dijo al fin en tono inquisitivo– o a hacer preguntas?

Ari pensó que tenía la respuesta.

–Tendríamos que aprender a pensar –dijo.

–Bueno, aprendemos a pensar –contestó Marcos–, pero nunca aprendemos a pensar por nosotros mismos. Los profesores no quieren admitirlo, pero yo tengo una mente propia. Siempre están tratando de llenarme la cabeza de basura, pero mi cabeza no es un basurero. ¡Me enferma!

–Bueno, ¿a qué clase de escuela te gustaría ir? –preguntó Ari.

Ediciones Novedades Educativas

Marcos se quedó mirando unas palomas que estaban sobre el pasto, y luego replicó:

–¿A qué clase de escuela me gustaría ir? Te voy a decir a qué clase de escuela me gustaría ir. No tendrías que ir a clase, salvo que quisieras. Así, tendrían que dar las materias interesantes de verdad para que tuvieras interés en asistir. Y, cada vez que quisieras saber más cosas, no tendrías más que apretar un botón y empezaría a pasar una película, o se pondría en marcha una máquina de enseñar. Y las materias de ciencia se enseñarían como ciencia ficción.

–El problema de lo que me estás diciendo –interrumpió Ari– es que gran parte de lo que te enseñan en la escuela no se puede hacer interesante.

–Claro que se puede –replicó Marcos–. Mirá cómo hacen las cosas interesantes en los programas de televisión. Las propagandas son bárbaras, ¡y todo lo que anuncian es un jabón malísimo!

Ari sonrió.

–Pero todo eso es un engaño, Marcos, vos lo sabés.

–Claro –dijo Marcos–, tenés razón. Pero en las propagandas agarran cualquier cosa sin importancia, la adornan y la hacen parecer fascinante, mientras que acá, en la escuela, toman temas como la historia que, en realidad, es muy interesante, y te la enseñan de tal manera que parece aburridísima y monótona.

Ari negó con la cabeza y dijo:

–No sé, Marcos. Yo no sé qué decir.

–Ni yo tampoco –intervino María–, pero tengo que volver a casa. Acá está empezando a hacer frío.

Los chicos fueron hasta el otro lado del patio, donde estaban jugando un partido de fútbol. Cada uno se sumó a un equipo. El partido terminó después de un rato y se estaba haciendo tarde, hora de estar en casa. Pero Ari y Marcos se quedaron tirados en el pasto, masticando ramitas y mirando el cielo. Ari comentó:

–Marcos, ¿quién se te ocurre que puede haber sido el que intentó pegarme con una piedra el otro día? –y le contó a Marcos lo que había pasado.

–¿El martes, después de clase?

–Sí, el martes después de clase.

–No estoy seguro –dijo Marcos–. Pero yo salí de la escuela antes que vos y me acuerdo de haber visto a ese nuevo, Benjamín, que estaba atrás de un árbol, cerca de la puerta del costado.

–"¡Benjamín! ¿Por qué querría él tirarme una piedra? –pensó Ari–. Pero, para el caso, ¿por qué iba a querer hacerlo Matías?"

Al volver a casa, Ari se iba fijando en lo que podía haber atrás de los árboles o escondido detrás de las esquinas. Quienquiera que hubiera tirado la piedra el martes, quizá no fallaría la próxima vez.

Capítulo 6

–Hay una canción que no me puedo sacar de la cabeza –dijo Julia–. La tenemos en un disco y mi hermano siempre me la está haciendo escuchar. Es como si estuviera obsesionada por esta melodía. Me viene a la mente cuando voy a hacer los deberes, y cuando voy a dormir, todo el tiempo. Ojalá me la pudiera sacar de la cabeza, igual que mi perro se sacude el agua.

Era viernes por la noche y Flor y Laura se habían quedado a dormir en casa de Julieta.

–A veces tengo sueños así –dijo Laura–. Mi abuela estuvo enferma mucho tiempo y, cuando murió, yo siempre soñaba con ella y tenía la impresión de que era ella quien me hacía tener esos sueños. Pero, ¿cómo podía ser, si ya estaba muerta?

–Los muertos no te pueden hacer nada –dijo Flor, y añadió–: al menos no creo que puedan.

Julieta miró a Flor interrogativamente.

–Es curioso –dijo–, la última vez que escuché ese disco fue hace una semana, pero desde entonces oigo la melodía en mi cabeza todo el tiempo. Me impresionó mucho, entonces, ¿no es posible que la muerte de su abuela haya causado a Laura una profunda impresión y ésa sea la única razón por la que sueña con ella desde entonces?

Laura movió la cabeza negativamente.

–Cuando veo la Luna, es porque la Luna está ahí haciendo que yo la vea, ¿no? Y en mi mente hace un momento oía tu voz porque me estabas hablando. Por eso creo que todos los pensamientos que hay en mi mente son efecto de cosas que están fuera de mi mente.

–¡Qué tontería! –dijo Julieta–. Hay todo tipo de cosas imaginarias que sólo están en mi mente y afuera no hay nada en absoluto que se les parezca.

Ediciones Novedades Educativas

–¿Cómo cuáles? –preguntó Laura.

–Y... los vampiros, las hadas, y los monstruos como Frankenstein –replicó Julieta.

–Sí –dijo Laura–, es verdad que no creo en hadas y monstruos. De los vampiros no estoy segura. Pero incluso las hadas y los monstruos... hay personas reales que los inventan y nos cuentan historias de ellos y nos hacen pensar en ellos.

–Laura –interrumpió Flor–, te la pasás hablando de lo que hay en tu mente y de lo que no hay en tu mente. Pero, ¿qué es la "mente"?, y ¿cómo sabés que tenés una?

Laura bostezó, se estiró y al mismo tiempo movió los dedos de los pies bajo las sábanas.

–Sé que tengo mente –replicó– igual que sé que tengo cuerpo.

El padre de Julieta llamó a la puerta y dijo a las chicas que eran más de las doce y que ya tenían que estar dormidas. Las chicas prometieron dejar de hablar (al menos eso dijo Julieta, las otras a duras penas contenían la risa). Pero al poco rato, ya habían vuelto al mismo tema.

Flor insistía en que una persona podía ver y tocar su cuerpo, pero no podía ver y tocar su mente.

–Cuando decís "mente" –concluyó Flor–, no hablás más que de tu cerebro. Sólo son reales las cosas que se pueden ver o tocar.

–Muchísimas cosas reales son imposibles de ver y de tocar –objetó Laura–. Por ejemplo, si vas de paseo, ¿existe realmente una cosa llamada "paseo"? Si vas de visita o de compras, ¿existen realmente cosas llamadas "visitas" y "compras"?

–Bueno, ¿y qué querés decir con eso? –preguntó Flor.

–Creo que lo que quiere decir Laura –dijo Julieta– es que lo que llamamos pensamiento es algo que hacemos nosotros, como pasear, hacer visitas o comprar.

–Claro –asintió Laura–. Eso es lo que quiero decir. Cuando dije antes que tenía mente, quería decir que pienso cosas. Pienso en mis casetes, en mi hermana más chica o en lo que sea. Tener una mente no es más que "pensar".

Pero Flor no estaba satisfecha con la solución de Julieta y Laura.

–Estoy de acuerdo –dijo– en que quizá la mente no es exactamente lo mismo que el cerebro. Ya sé que antes dije que lo era, pero ahora tengo otra idea en mente –todas se rieron y luego Flor continuó–: quiero decir, no podés ver

la electricidad, pero es real. Entonces, ¿por qué no podrían ser nuestros pensamientos algo eléctrico en el cerebro?

Esta vez fue la madre de Julieta la que les dijo que tendrían que continuar la conversación a la mañana siguiente.

–Mamá –dijo Julieta–, ¿qué es la mente?

La señora Porto sospechó que la estaban llevando a una conversación que ya tendría que haber terminado. Pero no quería dejar a Julieta sin respuesta, de modo que dijo:

–Cuando tenía tu edad, Julieta, pensaba que la mente era una cosa tenue como humo, parecida al aliento.

–¿Pensabas que la podías ver cuando hacía mucho frío, como se puede ver el aliento? –interrumpió Julieta.

–No –replicó su mamá–, sólo pensaba en ella como algo real pero invisible. Nunca la podías ver, pero era donde estaban tus pensamientos, tus sentimientos y tus recuerdos y fantasías y todas estas cosas también estaban hechas de la misma materia fina y delicada.

–¡Exacto! ¡Eso es lo que es! –exclamó Julieta.

Su mamá sonrió.

–Quizá.

–Bueno, ¿qué otra cosa podría ser? –preguntó Julieta.

La señora Porto acarició la cabeza de Julieta.

–Realmente, no lo sé –dijo. Al cabo de un momento, añadió–: Y no lo digo porque sea tarde y no tenga ganas de hablar. Es verdad, realmente no lo sé. Pero a veces pienso que no es más que lenguaje.

–¿Lenguaje? –preguntó Julieta.

–Cuando los chicos empiezan a hablar, hablan con otras personas –dijo la señora Porto–. Cuando no hay otras personas a mano para hablar con ellos, los chicos continúan hablando como si las hubiera. Dicho de otra manera, empiezan a hablarse a sí mismos. Y se hablan a sí mismos cada vez más calladamente, hasta que no emiten ningún sonido. Eso se llama pensar.

–¿Usted quiere decir –dijo Flor– que al principio los chicos ven las cosas sólo cuando están presentes, pero cuando esas cosas ya no están presentes, las recuerdan o las imaginan? ¿Y entonces los pensamientos que tenemos en la mente no son más que huellas que las cosas dejan en nuestros recuerdos?

–¡Ay, Flor, no sé, nunca lo pensé de esa manera! –replicó la señora Porto.

Ediciones Novedades Educativas

Pero en ese instante entró el papá de Julieta y quiso saber qué era aquello que a todos les parecía tan interesante como para discutir a la una y media de la madrugada, una hora en la que todos tendrían que estar en la cama.

–Estábamos hablando de sueños, de estar obsesionados y cosas así, algunas de miedo –dijo Julieta–. Y después nos pusimos a pensar qué queremos decir cuando hablamos de la mente de una persona.

–¿Por qué mejor no lo hablamos mañana en el desayuno? –propuso el padre de Julieta.

–¡Ya sé qué es! –exclamó Laura–. La mente es lo que tienen las personas y los animales, no.

El papá de Julieta agarró una silla, se sentó pesadamente y suspiró:

–No, Laura, no. Eso no sirve. La diferencia no está entre el ser humano y los animales, de ningún modo. El ser humano también es un animal. La diferencia es que el ser humano es un animal con cultura, y ésa es la razón por la que creemos que tiene mente. De hecho, cualquier animal tiene mente en la medida en que tenga cultura.

–Pero, ¿de qué está hablando? –le susurró Flor a Julieta–. ¡Parece un libro!

–Bah, mi papá siempre habla así –replicó Julieta–. Es cierto que parece un libro.

Laura no pudo dejar de exclamar:

–¡No entiendo!

Él la miró apesadumbrado, pero comprensivamente, como si estuviera acostumbrado a que la gente dijera que no le entendía.

–Trataré de explicártelo por la mañana –le dijo amablemente–. Ahora, a dormir. Buenas noches.

Las tres chicas se acostaron y, después de un rato, estaban profundamente dormidas.

Capítulo 7

El padre de Julieta estaba impaciente por explicar sus ideas a las tres chicas en el desayuno. Otras veces había notado que, cada vez que intentaba explicar sus ideas a Julieta, ella parecía tener dificultades en entenderlo. Así que esta vez estaba decidido a hablar tan sencilla y claramente como le fuera posible, porque aquella idea que tenía le parecía particularmente importante.

Pero las cosas empezaron mal. Las chicas se levantaron tarde y cuando finalmente fueron a desayunar todavía estaban medio dormidas y no tenían muchas ganas de comer nada.

–Me gustaría volver a lo que les estaba diciendo anoche –empezó. Le pareció que Julieta tocaba a Laura con el pie por debajo de la mesa, pero no estaba seguro, así que continuó–: Vos sostenías, Laura, que los seres humanos tienen mente y los animales no, ¿es así?

A Laura le hubiera gustado decir: "Olvídelo", pero era demasiado educada. Ni siquiera suspiró, aunque ganas no le faltaban. Solamente dijo:

–Sí.

El papá de Julieta pensó que contaba con la atención de las chicas, así que continuó:

–Ahora bien, Laura, no hay una diferencia radical entre la inteligencia del hombre y la de los animales. Es sólo una diferencia de grado, del mismo modo que la diferencia intelectual entre un niño y un adulto no es más que una diferencia de grado.

–¿Qué quiere decir con una "diferencia de grado"? –preguntó Flor.

Las otras asintieron señalando así que ellas también querían una explicación. El señor Porto se quedó muy sorprendido. Había dado por supuesto

Ediciones Novedades Educativas

que las chicas entendían la distinción entre "diferencias de grado" y "diferencias de clase". Después de pensarlo un poco, dijo:

–Ustedes tienen todas diferente estatura, ¿verdad? Flor es la más alta, le sigue Laura y luego viene Julieta. Así que estas diferencias son diferencias de grado. ¿Tienen también distinto peso?

–Laura es la que pesa más –dijo Julieta–, después viene Flor, y finalmente yo. Estas diferencias, ¿también son diferencias de grado?

–Exacto –contestó el señor Porto–. Ahora bien, la diferencia entre estatura y peso es una diferencia de clase. No es una diferencia gradual; es una diferencia radical. La estatura se mide en metros y centímetros, mientras que el peso se mide en kilos y gramos.

–Y eso, ¿qué tiene que ver con la mente? –preguntó Flor.

–Bueno, como dije antes –explicó el señor Porto–, la diferencia entre la conducta mental del animal y la del ser humano es, en mi opinión, una diferencia únicamente de grado, de modo que en realidad no podemos decir que los animales no tengan mente.

–Pero, ¿hay alguna diferencia de clase entre el ser humano y los animales? –preguntó Julieta, mientras por fin empezaba a tomar el jugo de naranja.

–Bueno, creo que sí. El ser humano tiene cultura, pero, ¿tienen cultura los animales? –antes de que las chicas pudieran decir algo, el papá de Julieta continuó–: Ya sé lo que van a preguntar "¿Qué es cultura?" Bueno, es cada una de las diferentes formas de vivir en común que un pueblo ha desarrollado en una sociedad determinada. Es su lenguaje, su sistema educativo, su religión, su arte, sus maneras de ganarse la vida, el modo de organizar su sistema político, sus matrimonios, sus propiedades, etcétera. Y estas diferentes formas de vida en común se transmiten de generación en generación. De esta manera, una cultura representa todas las diferentes experiencias de vida de cientos de miles de generaciones.

Las chicas se quedaron mirándolo. Al principio creyeron que le entendían. Pero lo que decía ahora les parecía muy difícil de seguir. De pronto, al padre de Julieta se le ocurrió una manera de ilustrar lo que decía.

–Julieta –dijo–, el ser humano por naturaleza viaja por tierra firme. ¿Qué hace cuando quiere viajar por el agua?

–Puede nadar, o construir un barco –contestó Julieta.

–Y una vez que alguien ha descubierto el modo de construir un barco, todo el que quiera viajar por el agua puede copiar su invento –dijo el señor Porto –. Y si quiere volar, ¿espera a que le salgan alas?

–No –replicó Laura–, inventará globos, aviones y cohetes, o usará un invento de otro.

–Pero, ¿qué sucede con los otros animales? –preguntó el señor Porto–. Las aves vuelan, pero no fabrican aviones. Los peces viajan por el agua, pero no construyen barcos. De hecho, las ballenas fueron antiguamente animales terrestres, pero gradualmente se fueron convirtiendo en animales marinos. No sobrevivieron, como Noé, haciendo barcos, sino, podríamos decir, transformándose poco a poco en barcos...

–Un momento –interrumpió Flor–. Me parece que empiezo a ver adónde usted quiere llegar. Los animales se limitan a hacer cierto tipo de cosas, viven y viajan de ciertas maneras ya dadas. Pero el ser humano puede inventar nuevas formas de vida, y nuevas maneras de cambiar el mundo que lo rodea.

El padre de Julieta se reclinó en su silla y sonrió.

–Veo que están empezando a entender, ¿no? –exclamó.

Julieta apartó su silla de la mesa.

–Ella puede que sí, pero yo no. Empezaste hablando de la cultura, ¿y qué tienen que ver con la cultura los barcos, los aviones y los cohetes? –preguntó.

–¿No te das cuenta, Julieta? –le dijo su padre–. Los animales no inventan cosas. Pero todos los inventos de todas las personas que han vivido sobre la Tierra se conservan para siempre en la cultura humana. Cada vez que usamos un invento, leemos un libro, estudiamos una ciencia o escuchamos música, estamos disfrutando de la idea de otro. Y esta persona puede haber vivido hace miles de años y a miles de kilómetros de aquí. Del mismo modo que tus recuerdos quedan grabados en tu mente, así también los pensamientos de la humanidad quedan registrados en la cultura humana, y nunca desaparecerán ni se extinguirán.

Pero el padre de Julieta tenía que irse, de modo que no había tiempo para que las chicas le hicieran más preguntas. El lunes, Julieta ya no recordaba los detalles de la teoría de su padre sobre la mente. Trató de contársela a Lisa y a Ari, aunque lo único que pudo recordar fue la distinción entre diferencias de grado y diferencias de clase. Para su sorpresa, a Ari le interesó mucho.

–Lisa –dijo Ari–, ¿te acordás cómo dimos vuelta aquellas oraciones y descubrimos que podíamos dar vuelta las oraciones que empiezan con la palabra *ningún*, pero no podíamos darlas vuelta si empiezan con *todos*?

Lisa asintió. Se dio cuenta de que Ari estaba entusiasmado con la nueva idea que tenía.

–Bueno, fijáte –continuó Ari, agarrando un pedazo de tiza y dirigiéndose al pizarrón–, esto es lo que dijo el padre de Julieta:

Flor es más alta que Laura.

Laura es más alta que Julieta.

Ediciones Novedades Educativas

¿Pueden darse vuelta estas oraciones? Por supuesto que no. Porque si *Flor es más alta que Laura* es verdadera, entonces *Laura es más alta que Flor* no puede ser verdadera.

–¿Y? –preguntó Julieta–. Eso lo sabe todo el mundo.

–Está bien –continuó Ari–, pero si ahora tomás una oración como esta:

Córdoba está lejos de Buenos Aries,

y la das vuelta, sigue siendo verdadera. Así que, por lo visto, cuando hablás de cierto tipo de relaciones podés dar vuelta las oraciones y siguen siendo verdaderas; pero con otro tipo de relaciones, al dar vuelta las oraciones se convierten en falsas.

–Creo que ya entiendo –exclamó Lisa–. Es como en aritmética, donde se usa *igual a*, *es mayor que* y *es menor que*. Podés dar vuelta una oración que diga *igual a* y seguirá siendo verdadera; pero si das vuelta las otras, se convertirán en falsas.

–¿Y una oración como *Benjamín está enojado con Ari*? –propuso Julieta–. ¿Se puede dar vuelta?

Antes de que Ari pudiera contestar, tuvo tiempo de ver a alguien parado en la puerta. Era Benjamín que parecía muy alterado. Un momento después, ya no estaba.

Capítulo 8

Mientras Lisa, Julieta y Ari hablaban, el profesor Sartori estaba tratando de arreglar un proyector de diapositivas que tenía pensado utilizar en la hora siguiente. Los otros chicos estaban esperando que empezara la clase. ¿En qué estaban pensando mientras esperaban?

Melina trataba de recordar si aquella mañana había dado de comer o no a sus hámsters.

Daniel se preguntaba si su abuelo le compraría una pelota de fútbol, como le había prometido.

Tomás trataba de decidir si el estómago le dolía lo suficiente como para preguntar al profesor si se podía ir a su casa.

Matías estaba calculando mentalmente la suma de 38 más 95.

Suki pensaba en su amiga Patricia, que se había mudado a Rosario hacía cuatro meses. Habían sido vecinas y amigas durante toda la vida.

Rodrigo se veía saliendo de una nave espacial: era la primera persona en poner el pie sobre Marte. (Había grandes cavernas para explorar, llenas de cristales de colores increíbles.)

Luis hacía esfuerzos para no pensar en la enorme rata que había visto la noche anterior. Cuando encendió la luz estaba encima del caño de su bicicleta. Estaba seguro de que la rata le había mordisqueado el manubrio.

Miguel estaba considerando las ventajas y desventajas de hacer una pelota de papel y tirársela a Laura.

Ana pensaba qué hermoso cuadro podría pintarse con el jarrón de flores que estaba sobre la repisa frente a la ventana.

Juana pensaba qué injustamente había sido castigada aquella mañana, sólo porque le había dado un minúsculo empujoncito a su hermano y él había sido tan tonto de caerse encima de una mesita ratona y lastimarse un brazo.

Ediciones Novedades Educativas

Pamela se preguntaba si su padre volvería a casa alguna vez.

María trataba de decidir si podía esperar que Marcos la protegiera, o podía confiar en el hecho de que corría más rápido que cualquier chica de su clase.

Florencia se preguntaba si el profesor Sartori le gustaba porque era buena persona y buen profesor o porque tenía ideas parecidas a las de ella.

Santiago estaba tratando de descubrir la manera de conseguir unas monedas para comprarse chicles después de la clase.

Julieta pensaba en lo perfecto que era el mundo. "Qué maravilloso –pensaba– que era el cielo azul. Azul es perfecto. Naturalmente, si fuera verde, rojo o naranja, también serían lindos colores, y supongo que me gustarían tanto como me gusta el azul."

Y Laura estaba considerando cuál sería la mejor manera de convencer a su madre para que la dejara ver la tele hasta tarde aquella noche.

Poco después, mientras Lisa, Ari y Julieta todavía hablaban de oraciones que se pueden dar vuelta, ¿en qué pensaban los otros chicos?

Melina por fin recordó que le había dado a sus hámsters semillas de girasol, pero no conseguía recordar si les había puesto agua.

Daniel no podía entender cómo, si Flor sacaba tan buenas notas en matemática, las de él tenían que ser tan malas.

Tomás decidió que quizá lo mejor sería ir al baño.

Matías se preguntaba si debería ir o no al frente del aula a ver de qué hablaban Julieta y Lisa con Ari. Decidió no hacerlo.

Suki se preguntaba si no tenía el flequillo demasiado largo. Pero su padre le había dicho que a él le gustaba así.

Rodrigo continuaba su exploración de una caverna que conducía al centro de Marte. Desembocaba en una habitación enorme.

Luis aún estaba tratando de no pensar en la rata. Arrugó la nariz y se estremeció.

Miguel decidió que no estaría bien pegarle a Laura con una pelota de papel. Le pegaría con un avión de papel.

"La forma de los tallos y flores en el florero es linda –pensaba Ana–, pero los colores son horribles. Si lo pinto, voy a poner mis propios colores y va a quedar mucho mejor."

Juana llegó a la conclusión de que, sin duda, tenía la peor de todas las familias del mundo entero.

Pamela pensó en su padre, en la manera que tenía de tirarla por el aire y de volverla a agarrar, mientras ella gritaba muerta de risa. ¿Lo volvería a ver alguna vez?

Marcos pensaba en lo lindo que sería el mundo si no hubiera más guerras y todos tuvieran lo suficiente para comer.

María pensaba en lo lindo que sería el mundo si la gente no discutiera tanto.

Florencia estaba pensando en el modo en que su padre había dicho: "¿Por qué no?" cuando ella preguntó si una mujer podía ser presidente.

Santiago se preguntaba por qué algunos chicos tienen dinero para comprar caramelos y gaseosas e ir al cine y él no. Se propuso ahorrar dinero suficiente para comprar un billete de lotería, y luego, cuando ganara, se compraría un auténtico Ferrari de carrera.

Julieta planeaba la próxima vez que invitaría a dormir a su casa a Lisa y a Ana. ¡Pero no a esa antipática de Juana!

Y Laura no entendía por qué Matías parecía estar mirándola.

Finalmente, el profesor Sartori optó por bajar el proyector de diapositivas al sótano, para ver si el portero podía arreglarlo. Ari dejó de pensar en la extraña aparición de Benjamín y se concentró en los dos tipos de oraciones.

–¿Sabés lo que podríamos hacer? –propuso Ari–. ¿Podríamos poner en el pizarrón los nombres de los dos tipos de oraciones y luego hacer listas de ejemplos?

En aquel instante volvió el profesor. Había encontrado al portero en el pasillo y le había dado el proyector para que lo arreglara.

El profesor (que era el único que alcanzaba la parte superior del pizarrón) aceptó escribir las dos clases de oraciones.

–Todavía no entiendo de qué se trata –dijo Juana.

–Esperá y vas a ver –dijo Julieta.

–Bien –dijo el profesor–. Primera columna: Algunos ejemplos de oraciones que se pueden dar vuelta.

–*Igual a* –dijo Lisa–. Por ejemplo: tres más siete es igual a diez. Si la das vuelta sigue siendo verdadera, diez es igual a tres más siete.

–Ya sé, ya sé! –gritó Miguel–. *Es mayor que*... Seis es mayor que dos, y al darla vuelta... entonces...

Todos se rieron, incluso Miguel.

–¿Y *es hermana de*? –preguntó Suki–. Si es verdad que, por ejemplo, Juana es hermana de María , también es verdadero que María es hermana de Juana.

–Parece correcto –opinó Lisa.

Pero el profesor dudaba y Matías se apuró a decir:

–No, no, un momento. María es la hermana de Marcos, pero Marcos no es la hermana de María.

Todos se volvieron a reír, aunque algunos no sabían del todo por qué.

Miguel volvió a levantar la mano.

–Ahora sí que lo tengo –anunció–. *No es igual a...* Si es verdad que nueve no es igual a cinco, también será verdad que cinco no es igual a nueve.

Un aplauso fue la recompensa para Miguel quien, como respuesta, se levantó e hizo una elegante reverencia, hasta que Santi, quien se sentaba a su lado, lo obligó a sentarse de un tirón.

Laura propuso *lejos de...*

–Porque –dijo– si mi casa está lejos de la casa de Lisa, también la casa de Lisa está lejos de mi casa.

El profesor pensó que era hora de pasar a la columna siguiente: oraciones que no se pueden dar vuelta.

–Anotemos como primer ejemplo la primera propuesta de Miguel, *es mayor que*. ¿Alguna otra?

Suki estaba pensando en su propuesta anterior.

–Es que –dijo–, si hubiera dicho *es pariente de*, habría estado bien. Pero no importa, puedo pensar en otro ejemplo: oraciones con *es el padre de*. Si el señor es el padre de Julieta, entonces es falso que Julieta sea el padre del señor.

–*Es más fuerte que* –dijo Daniel.

El profesor asintió y escribió *es más fuerte que* en la segunda columna. Daniel empezó a hablar con Miguel, y Ari les llamó la atención.

–¡Eh, che, cállense un minuto!

Miguel hizo una mueca y dijo:

–¡Calláte vos, Stóteles!

Pero Ari todavía estaba pensando en las oraciones que antes había escrito en el pizarrón:

Flor es más alta que Laura.

Laura es más alta que Julieta.

–Fíjense –dijo Ari–, si ponemos estas dos oraciones juntas, podemos ver que Flor es más alta que Julieta.

–¡Bah! Eso lo sabe todo el mundo –dijo Miguel–. Flor le lleva una cabeza a Julieta.

–Lo que quiero decir –replicó Ari– es que es suficiente con poner juntas las dos oraciones para verlo.

–Es obvio –intervino Matías–. Si ocho es mayor que seis, y seis es mayor que cuatro, evidentemente ocho es mayor que cuatro. ¿Qué es lo maravilloso de eso?

–Me parece que lo que quiere decir Ari es que hay relaciones transitivas, como *es mayor que*, mientras que hay otras que no lo son.

–Me parece que *corre más rápido que* es también transitiva –dijo María–. Porque si yo corro más rápido que Melina, y Melina corre más rápido que Ana, entonces debe ser verdad que yo corro más rápido que Ana.

Santi propuso *más rico que*, y Tomás *más ocupado que*. Mientras el profesor estaba escribiéndolas en el pizarrón, Miguel sugirió *más idiota que*, pero el profesor dijo:

–¡Ya es suficiente, Miguel! –sin dejarle ejemplificar su sugerencia.

–Bueno, vamos con ejemplos de relaciones que no son transitivas.

–*Hijo de* –dijo Flor–. Si A es hijo de B y B es hijo de C, no es verdad que A es hijo de C.

–*Cinco años mayor que* –dijo Juana–. Porque si yo soy cinco años mayor que mi hermana Ema, y Ema es cinco años mayor que mi hermana Isabel, de ahí no se sigue que yo sea cinco años mayor que Isabel.

–*Dos veces más rápido que* –dijo Marcos–. María es dos veces más rápida que yo, y yo soy dos veces más rápido que Miguel. Pero eso no significa que María sea dos veces más rápida que Miguel.

–Si creés que María es cuatro veces más rápida que yo, estás loco –dijo Miguel.

Todos se rieron, porque aunque Miguel era el mejor arquero de la clase, era muy lento corriendo.

El profesor pensó que era hora de continuar la clase de matemática. Pero a Ari le costaba prestar atención. Seguía pensando en las relaciones transitivas. Entonces se acordó de las oraciones de su cuaderno: *Todas las clases son interesantes*, etcétera. Pero, la palabra *son* ¿representaba una relación transitiva? Había que probarlo. Supongamos que tomamos la oración *todas las horas de historia son clases* y le agregamos *todas las clases son interesantes*. ¿Qué obtenemos? Obviamente -advirtió Ari-, obtenemos *todas las horas de historia son interesantes*.

Ari tuvo la impresión de que había dado con algo importante.

Volvió a probarlo. Eligió dos oraciones:

Todos los collies son perros.

Todos los perros son animales.

"Lo que se deduce de ahí –pensó Ar–, es que *todos los collies son animales*, porque la relación es transitiva. La palabra *son* –concluyó Ari– debe significar *pertenecer a la clase de*. Decir *todos los collies son perros* es lo mismo que decir *todos los collies pertenecen a la clase de los perros*. De modo que las oraciones cuyo verbo es *"son"* son oraciones que contienen relaciones transitivas.

Ediciones Novedades Educativas

Pasó una semana sin que Ari tuviera ninguna razón para pensar de nuevo en las relaciones transitivas. Estaba haciendo la tarea de geografía y una de las preguntas era: ¿el glaciar Perito Moreno es parte de la Argentina? Ari consultó el diccionario, sólo decía que el glaciar estaba en la provincia de Santa Cruz. Pero eso era todo lo que Ari necesitaba saber. Ya sabía que Santa Cruz era parte de la Argentina. Así que, obviamente, el glaciar debía ser parte de la Argentina.

Ari se dijo: "Habría dado con la respuesta sin dificultad aunque nunca hubiera oído hablar de las relaciones transitivas. Pero ahora sé cómo se hace, o sea, cómo es posible tomar dos oraciones que contienen una relación transitiva y deducir de ellas una tercera. Pero... –se preguntaba Ari, volviendo a su tarea–, ¿la gente realmente suele pensar de este modo? Recordaba la observación de Matías: "¿Y qué? ¿Para qué sirve todo esto? Y, por primera vez, Ari se sentía un poco molesto. ¿Para qué sirven la matemática, la geometría, la gramática o la historia? ¿Para qué sirve cualquier materia? Si tenía sentido pensar en cómo sumar y restar correctamente, o en cómo hablar correctamente, ¡también tenía sentido pensar en cómo pensar correctamente!"

◆ ◆ ◆

Después de clase, Matías pasó por la casa de Marcos para ayudarlo a arreglar su bicicleta.

Mientras cambiaban la cadena, Matías dijo:

–Marcos, ¿le dijiste a Ari lo que pasó realmente el día que casi le dan un piedrazo?

Marcos movió la cabeza negativamente y dijo:

–Lo único que le dije fue que en ese momento vi a Benjamín... Lo cual era completamente cierto. ¿Por qué? ¿Qué pasó en realidad?

–Bueno –dijo Matías–, ya sabés cómo se estuvo portando Benjamín desde que su papá se murió. Está medio loco. Bueno, ese día el papá de Ari fue a la escuela con él y Benjamín los vio y parece que eso lo puso mal. Después Ari se pasó el día hablando de oraciones que se deducen unas de otras..., ya sabés cómo habla. Y se ve que eso a Benjamín le iba molestando cada vez más. Así que, al fin, cuando yo salía por la puerta del costado, vi a Benjamín tomar impulso para lanzar la piedra y oí que decía: "¡Tomá, para que aprendas!" Y, después, oí el estruendo de los vidrios.

–¿Por qué no se lo dijiste? –preguntó Marcos–. Durante un tiempo Ari pensó que habías sido vos.

–Tenía miedo de que me hubiera visto y pensara que había sido yo. Por eso estaba esperando que él me acusara, pero no lo hizo.

–Pienso que es mejor que se lo digas –le dijo Marcos cuando se despidieron–. Creo que tendría que saberlo.

Capítulo 9

Daniel estaba en su lugar, con la cara escondida entre los brazos, para que sus compañeros no lo vieran llorar. No podía controlar las lágrimas que caían por su rostro, goteando de la nariz y de las mejillas.

Desde hacía un mes, mientras el profesor Bermúdez estaba enfermo, lo suplantaba la profesora Casullo, quien ahora permanecía en silencio sentada frente a su mesa, pensando qué hacer con Daniel. Aquella mañana, en el momento de saludar a la bandera, Daniel no se había puesto de pie. No estaba enfermo, simplemente se negó a pararse con los otros compañeros durante el saludo y parecía incapaz de justificar por qué había hecho eso.

Por fin, la profesora mandó a Daniel a ver al director. Daniel tuvo que esperar durante casi media hora -una media hora nada agradable- hasta que el director estuvo libre.

–Vamos a ver, Daniel, ¿cuál es el problema? –preguntó el director.

Su voz era cordial y su tono era amistoso. Tuvo un efecto tranquilizador sobre Daniel, que empezó a secarse la cara con un pañuelo y a sonarse la nariz.

–No pude hacerlo, simplemente no pude hacerlo –dijo lloriqueando–. Mis padres me dijeron que no debía hacerlo.

–¿Tus padres? –el director se puso más serio–. ¿Cómo podrían objetar que te pongas de pie durante el saludo a la bandera?

–Es su religión..., nuestra religión –contestó Daniel–. Mi papá me lo mostró anoche en la Biblia. Está en el capítulo veinte del Éxodo. Prohíbe la idolatría.

–¿Qué creés que significa "idolatría"?

–Eso mismo le pregunté yo a mi papá y él dijo que era postrarse ante imágenes y me mostró el lugar donde dice: "No tendrás otros dioses aparte de mí". Dijo que sería como postrarse ante un dios falso.

Ediciones Novedades Educativas

–Pero, Daniel –dijo amablemente el director–, la bandera argentina no es una imagen de nada. No es más que un... un emblema, o un símbolo. Y ponerse de pie no es lo mismo que postrarse ante un dios o ante la imagen de un dios. Sólo es un gesto de respeto por lo que la bandera representa.

– ¿Y qué representa?

–¡Cómo! ¡La patria!... Lo sabés perfectamente –replicó el director.

–Bueno, a lo mejor no adoramos a la bandera en sí misma, a lo mejor quiere decir que adoramos a la patria a la cual representa la bandera y por eso mis padres no están de acuerdo, porque dicen que deben adorar a Dios y nada más.

Daniel se quedó mirando amargamente el suelo. Después de un momento de silencio, el director dijo:

–Te voy a decir lo que vamos a hacer, Daniel. Ahora volvés a la clase y, en cuanto tenga ocasión, voy y hablo con el curso acerca de esto, porque todos vieron la situación esta mañana y pueden estar confundidos.

Hasta las últimas horas de la mañana el director no pudo visitar la clase. Cuando llegó, explicó al curso lo que había sucedido. Les contó por qué los padres de Daniel no querían que se pusiera de pie durante el saludo, y también les explicó por qué pensaba que el respeto a la bandera no tenía nada que ver con la religión. Luego les preguntó a todos los alumnos si tenían alguna idea al respecto.

Marcos levantó la mano.

–Usted dice que no tiene nada que ver con la religión, pero en algunas oraciones a la bandera tenemos que mencionar a Dios, y me parece que eso tiene algo que ver con la religión –dijo lentamente.

El director declaró que él no había escrito la letra de la oración a la bandera, que estaba así establecida y que los chicos la recitaban igual en todas las escuelas del país.

Marcos parecía querer responder, pero no encontró las palabras adecuadas, así que se quedó en silencio, moviendo la cabeza negativamente. María habló a continuación:

–Daniel –dijo resueltamente–, creo que, decididamente, tus padres están equivocados. Porque es como dice el director, todo el mundo lo hace, se pone de pie durante el saludo y nadie ve nada de malo en eso, así que, ¿por qué vos no vas a hacer lo mismo?

–No porque todos, o casi todos, hagan algo, va a estar bien hecho –contestó Daniel.

–¡Pero esa es una costumbre en nuestro país! –insistió María.

–Mis padres dicen que antes está la ley de Dios –dijo Daniel tímidamente.

–No sé –dijo Benjamín–. ¿Se equivocan alguna vez los adultos?

–La Biblia dice que tenemos que honrar a nuestros padres –dijo Daniel–.

¿Los estaría honrando si no estuviera de acuerdo con ellos en lo que la Biblia me ordena hacer?

–Pero, Daniel –dijo el director–, como te sugerí antes, ¿no podría tratarse simplemente de cómo interpretamos la Biblia? Tus padres tienen derecho a su propia interpretación, claro, pero podrían estar equivocados, ¿no?

–Claro que podrían –dijo Daniel–. Pero que estén en minoría no significa que tengan que estar equivocados. También podría estar equivocada la mayoría, con el mismo criterio.

El director probó otro enfoque.

–Como probablemente sabés, Daniel, hay personas que están seguras de saber lo que la Biblia quiere decir, quizás tus padres estén entre ellas, y esas personas creen que la Biblia prohíbe las transfusiones de sangre. Imagináte que estuvieras muy enferno y fueras a morir a menos que te pudieran hacer una transfusión de sangre. ¿Aun así harían bien tus padres en oponerse?

Daniel se sintió incómodo y se sentó abrazando las rodillas.

–No sé –admitió.

El director vio que algo estaba logrando.

–Entonces, ¿podrías decir a tus padres que vengan a hablar del asunto conmigo? –le preguntó.

Daniel respondió:

–Les voy a hablar esta noche.

Pero Matías todavía no estaba dispuesto a abandonar la cuestión.

–Daniel, hace un momento dijiste que no estarías honrando a tus padres si estuvieras en desacuerdo con ellos. ¿Eso lo dice la Biblia o es una conclusión que sacaste vos mismo?

–Creo que llegué a esa conclusión yo solo –contestó Daniel.

–Y, según admitiste, podrías equivocarte, ¿no?

–Claro que podría, pero, ¿en qué?

–Bueno, ¿no es posible que no haya ninguna deshonra en estar en desacuerdo con alguien?

–No te entiendo.

–Por ejemplo, con el profesor Bermúdez –dijo Matías–. A él, de verdad, le parece bien que no estemos de acuerdo con él. Quiere que hagamos preguntas sobre lo que nos explica y, si llegamos a conclusiones distintas a la suya, no por eso deja de respetarnos.

–¡Es cierto! –dijo Rodrigo–. ¿Se acuerdan de que nos dijo que cuando se trata de ideas deberíamos competir del mismo modo que cuando hacemos deportes? Creo que, en cierto modo, el profesor Bermúdez se siente honrado cuando no estamos de acuerdo con él.

Ediciones Novedades Educativas

–Creo que lo que decís es muy importante –dijo el director–. Daniel, yo no te aconsejaría nunca hacer nada que fuera contra tus convicciones religiosas. Ni tampoco te diría que no hicieras caso a tus padres. Pero esta noche, cuando hables con ellos, ¿no podrías intentar hacerles ver que no los estarías deshonrando si llegaras a tus propias conclusiones?

Daniel siguió sin decir nada. Pero ahora Miguel estaba agitando su brazo enérgicamente, y el director le dio la palabra.

–Funciona en los dos sentidos –afirmó Miguel.

–¿Qué cosa funciona en los dos sentidos? –preguntó el director.

–Quiero decir que si los padres de Daniel tienen que sentirse honrados con su desacuerdo, también usted debería sentirse honrado si estamos en desacuerdo con usted. Y, de hecho, aunque hagamos lo contrario de lo que hace todo el mundo, si creemos que lo que hacemos está bien, y si podemos decir por qué creemos que está bien, entonces no estamos siendo irrespetuosos al hacerlo.

–Pero supongamos que lo que hacés es algo que hace daño a otras personas. ¿Entonces qué? –preguntó María.

–Yo no dije que tengamos que hacer daño a otras personas –protestó Miguel–. Pero si se trata de ponerse de pie durante ciertas ceremonias, y yo pensara de verdad que no está bien hacerlo, y si aun así todos se empeñaran en que lo hiciera y me obligaran, en ese caso me estarían haciendo mucho más daño ellos a mí que yo a ellos.

–Miguel –dijo el director–, hay cosas que la gente espera de vos, y en las escuelas no cumpliríamos con nuestro deber si no intentáramos hacerte ver lo que se espera de vos. Intentamos hacer de ustedes buenos ciudadanos que puedan insertarse bien en la sociedad al finalizar la escuela. Ya sé que esto no es fácil de aceptar, igual que un medicamento con feo gusto. Pero así como se van a curar si toman el remedio, así también van a ser mejores ciudadanos si aceptan lo que les dije.

Por su parte, Ari no pudo resistir la tentación de hacer un comentario:

–Miguel y Matías no le pedían a usted que hiciera lo que es mejor sólo para ellos. Le pedían que hiciera lo que es mejor para todos.

–¿Querés decir libertad para hacer lo que te dé la gana? –preguntó el director con seriedad.

–Lo que quiero decir –dijo Ari– es que los chicos necesitamos ser libres para pensar por nosotros mismos tanto como los adultos o quizá todavía más.

–Bueno –dijo el director–, por ejemplo, el caso de Daniel yo podría haber intentado arreglarlo en privado, pero en cambio lo traje ante ustedes para discutirlo abiertamente. ¿Es eso a lo que te referís?

–Ésa puede ser una manera –dijo Ari.

Capítulo 10

Al otro día había tanto ruido que la profesora de lengua tuvo que dar cuatro golpes sobre la mesa para conseguir que la clase se calmara. Matías tenía la mano levantada.

–¿Qué pasa, Matías? –preguntó la profesora.

–Profesora –dijo Matías con esa manera de hablar tan particular que tenía–, muchos de nosotros tenemos nuestra opinión sobre lo que pasó con Daniel. ¿Podríamos hacer una clase de discusión en vez de una clase normal?

–Lo siento, Matías, sé que muchos de ustedes están muy preocupados por este problema, pero tenemos un tema de lengua pendiente y pienso que habría que terminarlo.

Ari dijo en voz alta:

–En realidad sería como una clase de lengua, profesora. Mire, ¿por qué no hace de árbitro y así podría criticar nuestra forma de expresarnos?

–Sos muy ingenioso, Ari –contestó la profesora–, pero puedo criticar la forma de expresarse cuando corregimos los trabajos.

–Bueno, entonces –dijo Ari, aún sin darse por vencido–, ¿por qué no critica nuestra manera de razonar? Nosotros damos nuestras opiniones y usted nos dice si estamos pensando bien o mal.

La profesora suspiró.

–¿Sólo por hoy?

–Sólo por hoy –aseguraron Matías y Ari a la vez.

–Muy bien, entonces –dijo la profesora, cerrando su cuaderno–, ¿quién quiere hablar primero?

Ediciones Novedades Educativas

Para sorpresa de todos Melina fue la primera en hablar:

–Creo que Daniel se tendría que poner de pie ante la bandera durante el saludo como cualquier otro.

–¿Por qué? –preguntó la profesora.

–¡¿Por qué?! –repitió Melina sorprendida.

–Sí, por qué, Melina. No podés dar tu opinión y listo, tenés que dar una razón. Cualquiera puede tener una opinión, pero es imposible decir si razonás bien o mal a menos que me digas por qué pensás como pensás.

Melina levantó la vista, preocupada, hacia la profesora y dijo:

–Pero no creo que tenga ninguna razón. Simplemente lo siento así.

–Bueno, cuando hayas averiguado por qué lo sentís así, nos lo hacés saber. ¿El siguiente?

–Yo le voy a decir por qué lo tiene que hacer –declaró Benjamín–. Todo el país está pasando por momentos terribles. Están sucediendo toda clase de cosas malas. Es como un barril de pólvora: una pequeña chispa y todo puede estallar. Por eso, no creo que podamos permitir que la gente vaya por ahí haciendo lo que le dé la gana.

La profesora no contestó en seguida. Obviamente, tenía que considerar con detenimiento las observaciones de Benjamín. Al fin, dijo:

–Benjamín, al principio pensé que tenías un argumento bastante bueno en favor de tu opinión. Pero cuanto más lo pienso, más me convenzo de que no lo es. Porque, en realidad, vos no tratás de convencernos para que estemos de acuerdo con vos. Vos estás tratando de asustarnos para que apoyemos tu opinión. Primero decís que estás alarmado por la situación del país, y después decís que por lo tanto habría que obligar a Daniel a ponerse de pie. Pero de una cosa no se sigue la otra. No lo probaste. No demostraste que todo estallará si Daniel no se pone de pie durante el saludo.

Los chicos no se desanimaron por las críticas de la profesora a los dos primeros alumnos que habían hablado. Ya estaban acostumbrados a su severidad cuando se trataba de gramática. La siguiente en hablar fue Julieta:

–Pienso que Daniel debe ser fiel a sus creencias porque... porque eso dice mi hermano y él sabrá.

–¿Qué querés decir con "él sabrá", Julieta? ¿Tu hermano es juez o abogado o alguna autoridad de algún tipo? –preguntó la profesora.

–No, pero es muy inteligente –contestó Julieta.

–Bueno, pero me parece que eso no sirve. Sólo deberías usar la opinión de otra persona como una razón a favor de tu punto de vista si esa persona es una autoridad reconocida en el tema en cuestión.

A Julieta no le gustó lo que dijo la profesora, pero no dijo nada.

Suki dijo que pensaba que había que obligar a Daniel a ponerse de pie porque "las reglas son las reglas".

De nuevo, la profesora tuvo que detenerse a reflexionar antes de responder. Después dijo:

–Suki, voy a aceptar eso, aunque técnicamente está mal. Quiero decir que una afirmación como "las reglas son las reglas" por lo general no significa gran cosa. Es como decir "las piedras son las piedras". Pero, a veces, llegan a ser expresiones corrientes o frases hechas con un sentido concreto que todos entienden, como "negocios son negocios". Entonces, supongo que querés decir que si hacemos las reglas, tenemos que respetarlas. Así que, está bien.

Ahora Miguel tenía la mano levantada.

–No –dijo–. Las reglas se hacen para ser violadas. ¿No conoce el dicho que dice "la excepción confirma la regla"? Bueno, el caso de Daniel es la excepción. Por eso creo que Daniel no se tiene que poner de pie si no quiere.

La profesora parecía un poco insatisfecha, pero dijo:

–De acuerdo, Miguel, creo que si dejé que Suki diese como razón una frase hecha, tendré que dejarte a vos hacer lo mismo. Pero igual creo que en lugar de dar una razón, diste una excusa bastante pobre.

Miguel puso tal cara de ofendido que Laura empezó a reírse, pero se tapó la boca con la mano.

Matías dijo:

–Profesora, puede ser que Miguel no lo haya dicho muy bien, pero no creo que lo que dijo esté tan mal como usted lo mostró.

–¿Qué querés decir? –preguntó la profesora.

–Bueno, muchas veces decimos que esto o lo otro siempre es verdad y sabemos que, en realidad, no es así. Es decir, sabemos que hay excepciones, pero igual hablamos como si no las hubiera. Por ejemplo, yo digo "todas las maderas flotan". Y, sin embargo, sé que el ébano no flota.

–¿Qué es el ébano? –susurró Juana.

–¡Es una madera! –contestó Matías.

La profesora intervino enseguida.

Ediciones Novedades Educativas

–Nos estamos alejando del tema. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Santi raramente intervenía en la clase, pero parece que esta vez sentía la necesidad de expresar una idea.

–Creo que estamos olvidando una cosa –dijo con su lentitud característica–. Nosotros no elegimos ir a la escuela. Y no elegimos nuestras religiones: nos las imponen al nacer.

–Si vamos a eso –interrumpió Benjamín–, tampoco elegimos a nuestros padres.

–Y si vamos a eso –agregó Juana–, ¡ni siquiera elegimos nacer!

La profesora dio unos golpecitos con su lápiz en la mesa.

–Por favor. Dejen que Santi termine lo que estaba diciendo.

–No tiene importancia, profesora. Sólo intentaban ayudarme. Lo que quiero decir es que, a veces, no nos importa que nos digan lo que tenemos que hacer, mientras que otras veces sí, ¿entiende lo que quiero decir? Por ejemplo, supongamos que dentro de unos años me hiciera militar, ahí uno hace lo que le dicen. Te dicen que saltes del techo de un edificio a otro y saltás. Te dicen que dispares y disparás. Pero yo sería militar por mi propia voluntad. No es que a mí me guste especialmente hacer esas cosas, pero si elegís estar ahí dentro, las hacés.

–Es muy interesante lo que decís, Santi, pero ¿qué querés demostrar con eso? –preguntó la profesora.

Santi se encogió de hombros.

–No sé. Bueno, sí lo sé, pero no lo puedo decir mejor que como lo dije.

En ese momento habló Matías:

–Creo que puedo explicar lo que quiere decir. Quiere decir que si pertenecés a un grupo por tu propia voluntad, entonces tenés que hacer todo lo que te digan. Pero si sos miembro de un grupo al que no elegiste pertenecer, entonces no deberían hacerte hacer cosas contra tu voluntad.

–Pero –dijo la profesora–, ¿qué relación tiene con Daniel?

–Quiere decir que, como Daniel no eligió pertenecer a su religión, no tiene por qué hacer lo que ella le ordena si piensa que no está bien hacerlo.

–Sí –dijo Marcos–, pero también quiere decir que, como no va a la escuela por propia voluntad, no tendría por qué hacer lo que le mandan en la escuela, si de veras piensa que no está bien.

Juana miró interrogativamente a los tres chicos.

–¿Y eso también se aplica a las familias? Después de todo, como dijo Benjamín hace un momento, no elegimos a nuestros padres.

–Creo –dijo Flor– que viene a ser una cuestión de confianza. Estoy de acuerdo con lo que dijeron, en gran parte. Pero confío en mi familia. Vos no los elegiste, pero ellos te eligieron a vos, y sabés que te quieren. Con los extraños es otra cosa.

–Muchas veces, cuando estoy con extraños, confío en ellos –observó Juana–. Además, a veces las familias pueden ser horribles.

–Naturalmente –replicó Flor–, pero entonces son como los militares de Santi: hacés lo que ellos quieren porque querés seguir formando parte de la familia.

La profesora reflexionó sobre lo que se había dicho, y comentó:

–Nunca antes lo había pensado de esta manera. Les agradezco a todos.

Capítulo 11

Todavía no había sonado el timbre, de modo que la profesora les dijo que guardaran sus cosas en los pocos minutos que quedaban. Mientras lo hacían, cruzaban por su mente los siguientes pensamientos:

Melina: "¡Mirá vos! ¡La profesora dice que ella aprendió algo de nosotros. Nunca antes oí a un adulto decir eso. Cada vez que pregunto algo a mis padres, ellos tienen la respuesta preparada incluso antes de que yo acabe de hacer la pregunta. Es raro... cuando la profesora dijo eso, me sentí como si fuera más persona. Me sentí como si yo conociera un poco mejor quién soy. ¿Por qué será?"

Tomás: "Menos mal que Daniel faltó hoy. Se habría sentido algo incómodo si nos hubiera oído a todos hablando de él. Me pregunto cómo me hubiera sentido yo si estuviera en clase y todos hablaran de mí."

Matías: "En matemática todo es tan exacto, tan perfecto... No hay contradicciones y, por lo tanto, tampoco hay discusiones. Pero en el mundo real siempre hay alguien que sostiene lo contrario de lo que otra persona dice. Y en cuanto a los hechos... creo que no conozco ninguno que sea absolutamente verdadero. ¡Ojalá todo el mundo fuera tan sencillo, claro y verdadero como la matemática!"

Benjamín: "¡No puedo creer que estos chicos hablen de sus derechos! Como decía papá, en realidad no tienen ningún derecho, solamente tienen deberes. Y eso, ¿qué tiene de malo? A mí no me importa tener que ponerme de pie para saludar a la bandera. Yo amo a la bandera. Y se me pone la piel de gallina cada vez que oigo cantar el Himno Nacional antes de que empiece un partido de fútbol. La gente debería amar a su patria, ¿no? Entonces, realmente, es como otro padre. Yo no haría nada que mostrara falta de respeto hacia mi padre, y no veo por qué alguien querría mostrar falta de respeto hacia su patria negándose a ponerse de pie durante el saludo a la bandera."

Ediciones Novedades Educativas

Suki: "Ana es una chica muy simpática. Me mostró la acuarela que hizo del jarrón de flores de la ventana y yo le mostré el poema que escribí sobre las gotas de lluvia en la ventana. Después de que ella lo leyó, lo leí para mí varias veces. En cierto modo, cuando una persona que apreciás lee tu poema y dice que le gusta, el poema parece nuevo, como si lo terminaras de escribir. ¿Por qué será?"

Rodrigo: "Me pregunto qué se siente al estar muerto. Pero es una pregunta ridícula. Si estás muerto, no podés sentir nada. No puedo imaginar que alguien que yo conozca esté muerto, como el padre de Benjamín. Seguro que no está muerto, porque no puedo imaginar cómo sería si lo estuviera."

Luis: "Daniel me dijo una vez: 'Eh, Luis, ¿cómo te sentís siendo judío?', y yo le dije: '¿Cómo te sentís siendo católico?' Entonces él se rió y dijo: 'Creo que da lo mismo una cosa u otra, ¿no te parece?' Pero no da lo mismo. Si yo fuera bajito y gordo, sería otra persona. No puedo ni siquiera imaginarme bajito y gordo. Supongo que soy judío de la misma manera que soy alto y flaco. O a lo mejor soy judío de la misma manera que soy argentino."

Miguel: "¡¿A mí qué me importa si Laura habla con Matías!? ¡No me importa nada!"

Ana: "Al principio no podía entender a Suki. Su cara no me decía nada. Después pensé que, a lo mejor, tenía un secreto. Ahora ya sé de qué se trata. Siente las cosas como yo. Cuando recién leí su poema fue como si me hubiera dado la mano."

Juana: "No me gusta quedarme donde no me quieren. Si estuviera por casarme, podría irme de casa, pero soy demasiado chica para casarme. Y también para ir a vivir sola. Pero me gusta la escuela, sobre todo la biología. ¿No es raro? ¡Tal vez sea médica!"

Marcos: "Este profesor Sartori es una gran persona. Me gusta la manera como nos habla. Tiene coraje. No tiene miedo de nada. Así es como me gustaría ser: siempre capaz de pensar por mí mismo y de cuidarme. A Daniel lo asustaron con toda esa historia de la religión y cuál es su deber. ¡Nunca me van a hacer creer a mí esos cuentos de hadas!"

María: "¡Este Marcos es un personaje! En casa es muy tranquilo, pero acá en la escuela es terrible. O por lo menos quiere que todos crean que lo es. ¿Por qué se comportará de ese modo? ¿Serán así todos los hermanos?"

Florencia: "Confío en el profesor Sartori, y creo que también en la profesora Hernández. Pero, ¿puedo confiar en el director? No estoy segura. Me parece que esto demuestra que la confianza no es suficiente. Tenés que poder explicar por qué pensás de determinada manera, como dijo la profesora. Pero a la hora de la verdad, lo único que dijo el director fue: 'es así porque lo

dice el Ministerio de Educación'. Y si les preguntáramos a los padres de Daniel, estoy segura de que dirían 'es así porque así lo dice Dios'. Pero, ¿no hay acaso razones para todo lo que nos mandan a hacer? Y cuando nos dicen que hagamos algo sin darnos ninguna razón, ¿por qué tenemos que hacerlo? No sé qué pensar."

Santi: "No creo que sea bueno comentar el miedo que me da entrar al Liceo Militar. Después de todo, tendría que estar orgulloso de ser militar algún día. Al menos es lo que siempre me dijeron. Y, ¿qué derecho tengo yo a dudar? A pesar de todo, tengo miedo."

Julieta: "No soporto a Marcos. Nunca nada le viene bien. Todo lo mira con desprecio. Si le digo que me gusta mucho la clase de ciencias, se ríe. Si le digo que me gusta mucho el grupo de la parroquia, se ríe. ¿Por qué no puede apreciar lo lindo que es todo? Estoy segura de que todos hacen lo que pueden, y de que las cosas van, más o menos, de la mejor manera posible. ¡Excepto Marcos, por supuesto!"

Laura: "Es raro lo que me pasa. Papá y mamá siempre me están diciendo: 'Laura, cepilláte los dientes'. 'Laura, laváte la cara', 'Laura, peináte', y odio hacer esas cosas y odio que me digan que las haga. Pero siempre baño a mi perro y le pongo el collar antipulgas porque no me gustaría que nadie pensara que está mal cuidado."

Lisa: "Cuando esos chicos más grandes dijeron que yo parecía un perrito pequinés, corrí al baño y me miré al espejo. Nariz chata, frente ancha y ojos muy separados. Tienen un poco de razón. Y además dientes torcidos, aunque me los puedo arreglar. Es extraño, nunca antes me había puesto a pensar si alguna vez la gente me consideraría linda. Pero el otro día la abuela me dijo: 'no juzgues nunca un libro por su tapa', y se me ocurrió que los libros y las personas son parecidos en una cosa: los dos están llenos de pensamientos. No sé si no será una tontería. De todos modos, de lo que estoy segura es de que los espejos mienten. No te muestran tal como sos realmente."

Ari: "Gracias a la profesora Hernández me di cuenta de algo. Cuando mis compañeros no razonaban bien, ella, enseguida, mostraba dónde estaba el problema. No pretende saber cuál es la verdad, y de todos modos no duda un momento cuando se trata de decirle a alguien que está razonando mal. Así que yo estaba equivocado al pensar que podría encontrar alguna idea para resolver el problema de Daniel y conformar a todos. Lo único que puedo hacer es tratar de descubrir la diferencia entre razonar bien y razonar mal, igual que un árbitro que está en la cancha y que, aunque él mismo no pueda jugar, conoce la diferencia entre un gol legítimo y uno en *off side*."

Ediciones Novedades Educativas

Aquella noche Suki le dijo a su papá:

–Papá, hoy tuvimos una larga discusión en la escuela sobre si había que ponerse de pie durante el saludo a la bandera, y yo dije que todos debían ponerse de pie porque las reglas son las reglas.

–¡Humm! –dijo el padre–. Creo que no estoy de acuerdo con vos.

–¿Ah, no? –el rostro de Suki mostraba sorpresa–. ¿Por qué no?

–Creo que la justicia tendría que eximir a los chicos que por motivos de conciencia se nieguen a ponerse de pie. Tendría que ser un derecho constitucional.

–Pero, papá, la cuestión es: ¿todos tienen que ponerse de pie durante el saludo?

–Tal vez ni siquiera habría que ponerse de pie, pero no lo sé.

–¡Ay! –suspiró Suki–. ¡Ojalá se arregle todo!

–¿Por qué lo decís?

–Es que esta tarde oí decir que Daniel se va a cambiar de escuela.

Capítulo 12

Hacía una semana que Daniel no iba a la escuela. Para sus compañeros, el incidente era asunto cerrado. Rara vez hablaban de eso. Lisa se lo hizo notar a Ari:

–Ya nadie habla de Daniel –observó–, como si se pensara que hubiera hecho algo malo.

–¿Y qué habría que decir? –replicó Ari.

–No se trata de lo que habría que decir –insistió Lisa–. Me pregunto por qué nadie quiere hablar del asunto.

–¿Y vos qué pensás?

Lisa dudó un momento.

–Pienso que nadie lo menciona porque todos tenemos vergüenza.

–¿Vergüenza porque no hicimos nada para ayudarlo? –preguntó Ari.

–Sí, supongo que sí... aunque sinceramente, Ari, no sé qué podríamos haber hecho. Más bien, creo que estamos avergonzados de nuestra manera de pensar las cosas. Porque si la gente se pudiera dar cuenta de las consecuencias desastrosas que tiene su manera de pensar, tal vez no estarían tan dispuestos a actuar mal.

–Sí –dijo Ari–, tenés mucha razón. Yo me siento avergonzado; pero no se trataba simplemente de cómo plantear el problema para resolverlo, sino que era un problema demasiado complicado y al menos yo no podía pensarlo con claridad.

Lisa movió la cabeza negativamente.

–Pero vos seguís insistiendo en que pensemos sobre la manera de pensar correctamente, Ari, y eso es muy importante. Tal vez por ese motivo, no

Ediciones Novedades Educativas

tendrías que sentirte tan mal como nosotros, porque vos, al menos a tu manera, estás haciendo algo.

A Ari le gustó mucho el elogio de Lisa. Pero no tenía ganas de conversar acerca de sus sentimientos. Así que contestó:

–El problema, Lisa, es que desde hace varias semanas no logramos nada.

Sacó su cuaderno y buscó la página en la cual, varias semanas atrás, había anotado las cuatro oraciones modelo que el profesor Sartori había escrito en el pizarrón:

Todas las materias son interesantes.

Ninguna materia es interesante.

Algunas materias son interesantes.

Algunas materias no son interesantes.

Ari miró la hoja con fastidio.

–¿A dónde vamos con esto?

–Bueno –dijo Lisa–, ¿qué pasó con las oraciones que descubriste que se podían dar vuelta? ¿Por qué no las escribís en columnas separadas?

–Eso resultaba solamente con una de ellas –dijo Ari.

Lisa estudió atentamente las cuatro oraciones.

–Sí, ya me acuerdo... la segunda podía darse vuelta. Pero, ¿por qué no la tercera? Si algunas materias son interesantes, entonces debe ser cierto que algunas de las cosas interesantes de este mundo son materias.

–¡Hmmm..! ¡Podría ser! –dijo Ari y escribió en su cuaderno dos columnas de esta manera:

Oraciones originales (si se suponen verdaderas)	Oraciones inversas
Todas las materias son interesantes.	.....
Ninguna materia es interesante.	Alguna cosa interesante es una materia.
Algunas materias son interesantes.	Algunas cosas interesantes son materias.
Algunas materias no son interesantes.	.....

–¿Por qué escribiste una línea de puntos al final? –quiso saber Lisa.

–Lo deduje mentalmente –dijo Ari–. A ver... te voy a dar otro ejemplo: *Algunos animales no son leones*, ¿es una oración verdadera?

–¡Por supuesto!

–Bueno, si la das vuelta, ¿qué te queda? –preguntó Ari.

–¡Ah, ya me doy cuenta! Al darla vuelta queda *algunos leones no son animales*. Pero yo sé que eso no es cierto, y ¿te acordás que descubrimos que de oraciones verdaderas se deducen solamente oraciones verdaderas?

–Fijáte –dijo Ari–, hay algo más. Cuando decís que una oración no es verdadera, querés decir que es falsa, ¿no?

–¡Los dos tenemos razón! Cuando yo digo que una oración no es verdadera, me refiero a algo un poco diferente. ¿Te das cuenta? Cuando alguien dice que algo es verdadero y yo digo que es falso, eso es una contradicción.

–De acuerdo –dijo Ari–, lo opuesto a *algunas cosas interesantes son materias* es *algunas cosas interesantes no son materias*.

Ari reflexionó acerca de lo que acababa de decir, y luego comentó:

–Eso no puede ser correcto.

–¿Por qué no?

–Como dice Miguel –dijo Ari sonriendo–, te voy a dar "un por ejemplo". Supongamos que yo digo *todas las maderas flotan*. Si quisieras contradecirme, sólo necesitarías nombrar un tipo de madera que no flote, ¿sí?

–El ébano –respondió Lisa.

–Claro –dijo Ari–, el ébano no flota. Es un hecho. Pero la oración que contradice a *todas las maderas flotan* es *algunas maderas no flotan*. Porque si hay una sola variedad de madera que no flote, la oración *algunas maderas no flotan* es verdadera y la oración *todas las maderas flotan* es falsa.

Rápidamente, Lisa replicó:

–Si lo que decís es correcto, tenemos oraciones que contradicen todas nuestras oraciones originales. La oración contradictoria de *todas las materias son interesantes* sería *algunas materias no son interesantes*. Y la contradictoria de *ninguna materia es interesante* sería...

Ari terminó la idea de Lisa:

–*Ninguno* es como *todos*, también se contradice con *algunos*. De modo que deberías decir *algunas materias son interesantes*.

–¡Buenísimo! –exclamó Lisa–. Hagamos otra columna. Y escribió en el cuaderno de Ari los pares de oraciones contradictorias:

Ediciones Novedades Educativas

Oraciones originales	Oraciones contradictorias
Todas las materias son interesantes.	Algunas materias son interesantes.
Algunas materias no son interesantes.	Ninguna materia es interesante.
Ninguna materia es interesante.	Algunas materias no son interesantes.
Algunas materias son interesantes.	Todas las materias son interesantes.

–Eh! –dijo Ari. Las contradictorias son exactamente lo inverso de las originales. Si leés la columna de oraciones contradictorias de abajo hacia arriba resulta que son las mismas oraciones originales leídas de arriba hacia abajo.

–Se me ocurre una cosa, Ari. ¿Por qué no le damos un título a cada tipo de oración? No sé si será una buena idea pero, ¿por qué no les ponemos una letra? Podemos usar las vocales. Podemos llamar a *todas las cosas son así o asá* oración de tipo A. Podemos llamar a *ninguna cosa es así* oración de tipo E. *Algunas cosas son así* podría ser del tipo I; y *algunas cosas no son así* del tipo O.

–Es una idea excelente, Lisa –admitió Ari–, porque con este sistema no tenemos que escribir la oración completa. Podemos decir que A y O se contradicen entre sí, igual que I y E. Y así nos evitamos escribir todas las columnas cada vez que hablamos de ellas.

◇ ◇ ◇

Más tarde, y sin motivo alguno, Lisa recordó a Daniel. Pensó cómo estaba cuando dijo que no regresaría al colegio. Nadie le dijo nada, porque nadie sabía qué decir. Entonces Ari buscó en sus bolsillos y encontró un amuleto de la suerte que le había regalado su papá hacía dos años. Ari lo puso sobre la mesa de Daniel. Daniel estuvo a punto de llorar, y Ari pensó que se iría corriendo del aula. Pero Daniel se contuvo, mientras Lisa le regalaba su dije favorito, y Flor le daba su hebilla de madera y, uno por uno, todos sus compañeros le iban regalando algo a Daniel. Daniel ya se había recuperado de la emoción, y empezó a guardar todas estas cosas en sus bolsillos. Después de recibir el último regalo (fue Melina que, al principio, había pensado en darle uno de sus hamsters, pero que, al final, decidió regalarle un anillo que se había ganado en un concurso), Daniel se dirigió en silencio hacia la puerta, se detuvo un instante para decir adiós con la mano, y se fue.

De alguna manera, Lisa sintió que todos los chicos que estaban en el aula eran personas más valiosas que antes. Habían compartido una experiencia. Aunque no fuera una experiencia placentera, ella sintió que apreciaba a sus compañeros de clase mucho más que antes.

"Me gustaría saber por qué", pensó Lisa.

–¿Sos vos, Martín? –gritó la mamá de Luis desde la cocina.

–Síii, mamá –respondió Martín–. ¿Viste a Luis?

La madre respondió gritando:

–No, no lo vi desde que se fue al colegio esta mañana. Ya tendría que haber vuelto.

Justo en ese momento, entró Luis hecho un desastre: la camisa rota, el hombro rasguñado y con sangre, la ropa llena de barro.

–¡Pero, Luis! ¿Qué te pasó? –preguntó Martín–. ¿Te peleaste con alguien o qué?

Luis respiraba agitado, como si hubiera estado corriendo.

–No, no es eso. Me atropelló un auto.

–Vení para acá y dejáme ver ese hombro –dijo su mamá.

–Pero mami, si apenas es un raspón –dijo Luis–. Pero mi bicicleta... –su voz se quebró y no pudo continuar.

–¿Cómo fue? –preguntó Martín.

–Mirá –dijo Luis, mientras su mamá trataba de sacarle la camisa–, yo volvía a casa por Boedo y a medida que me acercaba a la esquina de San Juan vi un auto que venía muy rápido y supuse que pararía, porque en San Juan hay un semáforo y todos los autos siempre paran cuando está rojo. Así que seguí pedaleando. Lo único que sé es que ese conductor estúpido ni siquiera disminuyó la velocidad, y su paragolpes agarró mi rueda delantera y la hizo bolsa. Yo salí disparado por el aire y casi me golpeo la cabeza contra el cordón.

–Te dije que fueras con cuidado, Luis... –dijo su mamá.

–Yo tuve cuidado, mami –dijo Luis–, pero, ¿cómo podía adivinar que ese loco no iba a parar en el semáforo?

–Mirá –dijo Martín–, vos dijiste que todos los autos se detienen en la esquina de San Juan y Boedo cuando el semáforo está en rojo, pero éste no lo hizo. De modo que estabas equivocado en lo que dijiste, ¿no? Nunca podés saber con seguridad qué van a hacer los demás.

De pronto Luis recordó lo que habían discutido durante la mañana en el colegio. ¿Qué era exactamente? Alguien había dicho que todas las maderas flotan y Lisa señaló que el ébano no; y eso quería decir que la oración *todas las maderas flotan* era falsa. Porque si decimos *todos* y resulta que existe una sola excepción, entonces estamos equivocados.

Ediciones Novedades Educativas

Y ahora, lo mismo le había sucedido a él. Había pensado que todos los autos paraban en el semáforo rojo. Pero éste no había parado. De modo que no todos los autos paran.

"Si lo hubiera sabido –pensó Luis– habría sido más cuidadoso. Debí haber frenado un poco cuando vi que venía tan rápido."

–Hay que tener mucho cuidado con esos conductores locos –dijo amablemente Martín–. Es suficiente que uno solo no se detenga para que te atropellen.

"Es verdad –pensó Luis–. Uno es suficiente."

◆ ◆ ◆

Ari y Marcos pasaron la tarde arreglando la bicicleta de Marcos. Cuando empezó a llover, Marcos entró y trajo dos paraguas. Y los dos se sentaron un rato, en la puerta de la casa, protegidos de la lluvia bajo los paraguas.

Como empezaba a oscurecer y la lluvia no paraba, Marcos le prestó uno de los paraguas a Ari, y Ari se fue a su casa.

En el camino vio a Benjamín. Estaba parado en el frente de una casa para protegerse del agua. Puso mala cara al ver que Ari se acercaba, pero Ari se dio cuenta de que Benjamín estaba más triste que enojado. Ari se paró junto a él, cerró su paraguas y fue directo al grano.

–¿Por qué me tiraste esa piedra el otro día? –le preguntó.

Benjamín no contestó. Se encogió de hombros y miró la lluvia. Era mucho más alto y fuerte que Ari, pero Ari sabía que Benjamín no tenía ganas de pelear en ese momento.

Se quedaron de pie, sin hablar. Ari, sin saber por qué, no se decidía a irse. Finalmente, la lluvia se hizo más suave hasta que paró de llover por completo.

–¿Vas a tu casa? –quiso saber Ari.

–No tengo nada que hacer en casa –dijo Benjamín.

Ari pensó un momento, y después dijo:

–Les voy a preguntar a mis padres si me dan permiso para invitar a dormir a algunos compañeros mañana. Si me dejan, ¿te gustaría venir?

Benjamín miró a Ari de frente. Y aunque no pudo decir ni una palabra, movió la cabeza para decir que sí.

Capítulo 13

Ari estaba seguro de que su mamá le diría que no. Después de todo, la última vez que lo dejaron invitar a sus amigos para pasar la noche, la cosa resultó bastante mal. Todo empezó cuando los padres de Ari recibieron una llamada de la abuela y dijeron que tenían que salir y que estarían de vuelta en una hora, más o menos. Hasta que regresaron, los chicos no estuvieron precisamente divirtiéndose. Rodrigo había estado mirando las reproducciones de monstruos de Ari, y cuando Frankenstein inesperadamente se hizo pedazos, Ari sospechó que Rodrigo le había hecho algo a propósito. Mientras tanto, Tomás se había puesto a mirar televisión y, en otro rincón, Marcos tenía puesta la música a todo volumen escuchando algunos discos viejos de los Beatles de la colección de Ari. Al rato, Ari y Rodrigo empezaron a tirarse almohadas, medio en broma, medio en serio. Con tres colchones alrededor de la cama de Ari, no quedaba lugar en el suelo, de modo que tenían que perseguirse por encima de las camas. Rodrigo había dejado sus anteojos encima del escritorio, pero tropezó y se cayó encima de ellos, haciéndolos pedazos. Esto hizo que se enojara mucho (se estaba imaginando lo que diría su papá a la mañana siguiente), así que hizo caer su almohada sobre la cabeza de Ari con todas sus fuerzas, y la almohada se rasgó, igual que la de Ari un rato después. La habitación se llenó de plumas arremolinándose y subiendo hasta el techo mientras los chicos agarraban más almohadas y seguían con la batalla. Con todas las plumas y el ruido, Tomás apenas podía ver y oír el programa, pero seguía mirando como si nada. Entonces Marcos, que andaba descalzo, se cortó el pie con un pedazo de cristal y fue saltando en una pata por toda la casa y dejando caer gotas de sangre de un rojo brillante sobre la alfombra beige. Fue entonces cuando volvieron los Stóteles. El señor Stóteles se limitó a preguntar: "¿No habrá vomitado el gato también?" La señora Stóteles vendó el pie de Marcos y al fin consiguió que los chicos se acostaran. Finalmente, cuando todo parecía tranquilo, el gato vomitó sobre la alfombra del living.

◆ ◆ ◆

Ediciones Novedades Educativas

Por eso, Ari estaba seguro de que la respuesta sería un rotundo "no". Pero, en cambio, su mamá, en un tono más bien tranquilo, preguntó a quién pensaba invitar. Ari ya había decidido que sería aconsejable un cambio de invitados, así que dijo:

–Matías, Benjamín, Miguel y Luis.

Para su sorpresa, su mamá dijo que estaba de acuerdo.

Fue una noche tranquila, se la pasaron charlando. Hablaron de las motos que les gustaría tener, de las películas que habían visto y de las que les gustaría ver; hablaron de profesores, de padres, de una cosa que Juana le contó a Miguel y de una cosa que Santiago le había mostrado secretamente a Luis; intercambiaron exageraciones acerca de lo bien que nadaban, Miguel llegó a afirmar que sabía manejar, y se pasaron un buen rato -quizá media hora- hablando acerca de cuál es el origen de la vida.

–Bueno, no vas a pensar que viene de la nada, ¿no? –inquirió Matías–. No es posible sacar algo de la nada.

–Bueno –dijo Miguel–. Ya que sabés tanto, decíme vos de dónde salió el mundo.

–Fue creado por Dios –dijo Luis–. En la Biblia dice que en el principio Dios hizo el cielo y la tierra.

–El profesor Bermúdez dijo que la Tierra y los demás planetas fueron, en otro tiempo, parte del Sol –replicó Miguel.

–Pero eso es la Tierra –respondió Ari–, no el universo. De lo que estamos hablando es de cómo empezó el universo.

–¿Cómo sabemos que empezó? –preguntó Matías–. ¿Cómo sabemos que no existió siempre?

–¿Cómo una cosa va a existir siempre? Todo tiene que tener un comienzo –insistió Luis.

–El universo no tiene por qué tener fin –dijo Matías–, así que, ¿por qué no se podría decir que el universo no tuvo comienzo?

Luis movió la cabeza negativamente.

–No sé. Puedo imaginarme que la Tierra comience, que el Sol comience, y que nuestra galaxia comience, pero no me puedo imaginar que el universo no comience.

–Y yo no puedo imaginarme que comience –se apuró a responder Matías–. Así que parece que de las dos maneras es inimaginable. Pero no probás absolutamente nada cuando decís que es algo que no podés imaginar.

Luis comentó:

–Cuando antes dije que todo tiene un comienzo, quise decir que todo tiene una causa. Todo sucede porque otra cosa hace que suceda. La pava silba a causa del vapor que contiene, el vapor está ahí a causa del fuego

que calienta el agua; hay fuego porque alguien encendió el gas, y así sucesivamente.

Más tarde, cuando estaban todos acostados y la oscuridad en la habitación era casi completa, Matías volvió a sacar el tema.

–Luis, dijiste que todo tiene una causa. Pero aunque todas las partes del universo tengan una causa, eso todavía no prueba que el universo mismo tenga una causa.

–No te entiendo –dijo Luis.

–Mirá –Matías trató de explicarse–, imagináte que tuvieras una máquina muy grande y complicada, pero que estuviera compuesta de partes chiquitas.

–¿Y? –dijo Luis.

–¿No ves? –respondió Matías–. Las partes de una máquina pueden ser todas chiquitas, pero no por eso la máquina tiene que ser necesariamente chiquita. Así que lo que es verdad de una parte no tiene por qué ser verdad del todo. Y así podría ser que las partes del mundo fueran todas causadas, pero no por eso el mundo mismo tendría que ser causado.

–De modo que volvemos a donde estábamos antes –interrumpió Ari–: estabas diciendo que el mundo puede no haber tenido comienzo.

–¡Qué tontería! –dijo Benjamín.

Matías se sentó en la cama.

–Fíjense –dijo–, hay dos posibilidades, ¿no? O el mundo tuvo un comienzo o no lo tuvo, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo Luis–. Pero hay otra cuestión y es si el mundo fue creado por Dios o no.

–El mundo tuvo que ser creado por Dios –dijo Benjamín–. Es la única posibilidad.

Matías no oyó el comentario de Benjamín, porque se había levantado a encender la luz. Miguel ya se había dormido, pero la luz lo despertó y se puso la almohada encima de la cabeza. Matías encontró un papel y dijo:

–Les voy a explicar una cosa, chicos. Mi primo, que es profesor de matemática, me lo explicó un día. Si tenemos dos conjuntos, cada uno con dos posibilidades, en total resultan cuatro posibilidades. Por ejemplo, un helado. Hay dos posibilidades: o tenés un helado, o no lo tenés. Y ahora una torta. Lo mismo: o la tenés o no la tenés. Así que te da cuatro posibilidades: primera, helado y torta; segunda, helado sin torta; tercera, torta sin helado; y cuarta, ni helado, ni torta.

–¡Sí, claro! –dijo Luis–. Yo también lo hago: lechuga y tomate; lechuga sin tomate; tomate sin lechuga; ni lechuga, ni tomate.

Desde abajo de la almohada salió la voz ahogada de Miguel.

Ediciones Novedades Educativas

–Chicos y chicas; chicos sin chicas; chicas sin chicos; ni chicas, ni chicos. ¿Y ahora por qué no apagan la luz de una vez y dormimos un poco?

–Calláte, Miguel –dijeron todos, pero nadie dijo nada más por un momento.

–¡Eh, Matías! –exclamó Ari–. No sé si entiendo adónde querías ir a parar. Hablábamos de si el mundo comenzó, si había Dios y saliste con lo de las cuatro posibilidades. Pero, ¿cómo se aplicaría eso a lo que estábamos hablando?

–Bueno –replicó Matías–, muy fácil:

Primera: el mundo tuvo un comienzo y fue creado por Dios.

Segunda: el mundo tuvo un comienzo pero no fue creado por Dios.

Tercera: el mundo no tuvo un comienzo y fue creado por Dios.

Cuarta: el mundo no tuvo un comienzo y no fue creado por Dios.

–Pero la tercera no es posible –dijo Benjamín–. Se contradice a sí misma. Sólo son posibles la primera, la segunda y la cuarta. De todos modos, así tampoco podemos saber cuál de las tres es la respuesta correcta.

Ari volvió a apagar la luz y, antes de meterse en la cama, dijo un poco para sí y un poco para los demás:

–No tenés por qué estar siempre buscando respuestas. Quiero decir, podés pensar sobre algo sin tener que averiguar cuál es la respuesta correcta. Hay muchas maneras diferentes de mirar las cosas y de pensar en ellas. Pero supongo que tenés que descubrirlas por vos mismo. Te enseñan que sólo hay una manera de pensar, y luego descubrís que hay otras muchas maneras que pueden ser igual de buenas. Me gustaría descubrir todas las diferentes maneras posibles de pensar.

–A mí me interesa descubrir la manera correcta de pensar –replicó Matías.

Ari hubiera querido decir: "Y a mí también", pero ya estaba medio dormido.

En cuanto a Matías, tan pronto como se quedó dormido, soñó que estaba en un gran castillo, mirando desde una ventana el patio empedrado. Había un gran cuadrado marcado en las piedras del pavimento y ese cuadrado estaba compuesto, a su vez, por cuatro cuadrados más chicos. No lejos de ahí había una vieja posada con un destartalado cartel que decía: "Las cuatro posibilidades". En el patio había una chica jugando a la rayuela sobre las piedras. Al principio, no podía ver quién era. Luego se dio vuelta. Era Laura. Sonreía y le ofrecía una pelota, pero ya no era una pelota: era un tomate, una manzana, o algo así, no lo podía distinguir. De pronto, ella desapareció, y él estaba corriendo desde el medio de la cancha hacia el área durante un partido de fútbol, tratando de hacer un gol; el arquero era un caballero alto cubierto con una armadura. El caballero levantó su yelmo. Era su papá. Así terminó el sueño.

Capítulo 14

Cuando Suki dijo que no había visitado nunca el Museo de Bellas Artes, Ana le propuso que fueran juntas el domingo siguiente por la tarde. Entonces, ese domingo se encontraban recorriendo las hermosas salas del museo. Suki estaba asombrada ante la magnífica escalera de mármol, las arañas de cristal y las esculturas. Le resultaba más difícil, en cambio, apreciar los cuadros. Ana miraba ansiosamente la expresión de Suki cuando pasaban de un cuadro a otro, con la esperanza de que en algún momento mostrara algún signo de agrado. No era que no le gustaran los cuadros, intentó explicarle Suki, pero tampoco podía decir con sinceridad que le gustaran.

Sin embargo, cuando vio el cuadro de De la Cárcova *Sin pan y sin trabajo*, Suki miró a Ana con una sonrisa, aunque no dijo nada. Y cuando llegó a la réplica de la escultura "El Beso" de Rodin, Suki dio vueltas y más vueltas a su alrededor.

–¡Qué hermosos cuerpos desnudos! –dijo Suki.

–¡Y qué horribles estarían vestidos! –contestó Ana, y las dos se rieron. Pero al salir del salón, esta vez Ana se dio vuelta y miró una vez más atentamente la escultura de la pareja besándose.

Salieron del museo y caminaron por el parque hasta una fuente. Alrededor había espléndidos arbustos y plantas. Se escuchaba tenuemente una melodía que llegaba desde el otro lado del parque. A las chicas les resultaba difícil reconocer los instrumentos. Ana dijo que eran violín, cello y clarinete. Suki pensaba que en vez de un clarinete podía ser un oboe (las dos habían estudiado música).

Se sentaron en un banco de hierro y Suki observaba todo con una agradable tranquilidad. Pero Ana estaba enojada consigo misma por haberse olvidado de traer su block de dibujo. Le habría gustado hacer un retrato de la cara de Suki. Era tan distinta de todos. ¡Cada detalle era tan delicado y perfecto: los ojos, los pómulos, el flequillo...! ¡Qué retrato tan lindo se podía hacer con ellos!

Ediciones Novedades Educativas

–Me gustan estas plantas –dijo Suki–. Me gustan todas las plantas. En casa tenemos un jardín. Me gusta ver las cosas crecer y florecer. Y me gusta remover la tierra. Es curioso, a veces, cuando estoy nerviosa, me pongo a trabajar en el jardín, y después estoy mejor.

–No sabía que hicieras ese tipo de cosas –dijo Ana, para quien la jardinería era más bien un trabajo sucio e innecesario–. ¿Por qué tus padres no cuidan el jardín?

–Bueno, mi padre sí lo cuida cuando tiene tiempo, pero en general no tiene. Y madre no tengo. Murió el año pasado.

–¡Ah! –dijo Ana. Le había impresionado que Suki no tuviera madre. Luego recordó una cosa–. ¡Pero tenés un hermanito!

–Sí –repuso Suki con una leve sonrisa–. Generalmente lo cuido yo. ¡Es tan lindo! Falta poco para que cumpla tres años.

Ana no tenía hermanos, así que no sabía muy bien qué decir. Después de un momento, observó:

–A mí también me gustan las flores. Sobre todo cuando están recién cortadas y yo misma las puedo arreglar en un florero, y si me gustan mucho, a veces las pinto.

De nuevo hizo una pausa y después preguntó:

–¿Alguna vez hiciste la prueba de escribir un poema sobre flores?

–Probé varias veces, pero no eran buenos. Además, vos también los leíste. Salieron en la revista de la escuela. Son muy comunes. Pero hace mucho escribí un poema sobre flores que todavía me gusta. Sólo tenía siete palabras:

Los jardineros
·piensan las rosas·
nunca mueren.

Ana ya no se acordaba de que había leído los poemas. Por un momento pensó en protestar diciendo que los poemas no le habían parecido para nada comunes, pero no los recordaba muy bien, así que no dijo nada.

Suki recorrió con el dedo la hoja gigante de un filodendro.

–Supongo que a mí también me gustan las flores cortadas –dijo–, pero se mueren, y no me gusta ver las cosas morir.

De pronto se acordó de algo, su cara se iluminó y resplandeció.

–Una vez tuvimos una planta llamada cereus. ¿Viste alguna vez una? Son plantas tropicales, de flores nocturnas. Sólo florecen una vez cada

cuatro años. La noche en que iba a abrirse, colocamos reflectores a su alrededor, hicimos una gran fiesta con todos nuestros amigos, y nos quedamos despiertos toda la noche. ¡Qué bonita era la flor! ¡Tendrías que haberla visto! Era como un lirio enorme, pero muy profundo por dentro. ¡Era preciosa!

Suki suspiró y luego sonrió al ver dos peces que jugueteaban en la fuente.

Ana también sonrió, pero no por los peces sino porque la ponía feliz ver a Suki contenta.

–¡Suki –exclamó–, tenés que venir alguna vez a mi casa! Tenemos un montón de cosas interesantes. Mi madre pinta y tiene los cuadros colgados por todas partes, aunque probablemente no te van a gustar... Pero mi padre tiene las colecciones más extraordinarias. Tendrías que ver su colección de mariposas. Las tiene en cajas de cristal, colocadas y clavadas con alfileres con tanto cuidado...

Suki intentó no estremecerse, pero no pudo evitarlo, y Ana no pudo dejar de verlo. Ana se reprochó no haberse dado cuenta de que Suki no soportaba que se lastimara a cosa alguna. Ni soportaba oír hablar de que se les hiciera sufrir.

Ana puso su mano sobre la de Suki un instante.

–Perdonáme, Suki. Supongo que es cruel atravesar las mariposas con un alfiler, aunque mi padre las anestesia primero. Pero me gustaría que vinieras a casa conmigo. A mis padres les encantaría conocerte. ¡Te encontrarían tan interesante...!

–¿Interesante como una mariposa? –preguntó Suki, y enseguida se mordió la lengua, por lo mucho que lamentaba haber dicho eso.

Pensó que era hiriente lo que había dicho porque Ana no tenía, para nada, mala intención. Mientras tanto, a Ana los ojos se le llenaban de lágrimas y se ponía colorada.

–¡No, Suki, no! ¡No pienses eso! –fue todo lo que Ana pudo decir.

Ana no pensaba que tuviese derecho a sentirse herida por la observación de Suki, porque pensaba que, en cierto modo, la merecía. "Suki se considera una persona absolutamente normal –pensó Ana–, así que supongo que al decir yo que mis padres la encontrarían interesante, debe haber pensado que la estaba tratando como una cosa rara. Y tal vez tenga razón. Después de todo, no tenía nada de malo que la familia de Suki haya invitado a todos esos amigos a ver aquella planta nocturna. Porque una planta es una cosa y Suki es una persona, y a una persona no se la trata como a una cosa, independientemente de quién sea. Y eso era lo que yo estaba haciendo. Es como si la estuviera usando, igual que uso las flores cortadas cuando las coloco para hacer una naturaleza muerta. ¡Qué mal me siento!"

Entonces Ana notó que Suki le tiraba suavemente de la manga.

Ediciones Novedades Educativas

–No importa, Ana –dijo Suki con dulzura–, no importa. No tendría que haber dicho eso. Y me encantaría ir a tu casa.

Cuando volvían, decidieron entrar nuevamente al museo para mirar las reproducciones que vendían en la librería. Suki se quedó mirando un retrato.

–Qué chico tan lindo, ¿no? –dijo con una sonrisa.

–Es Titus –repuso Ana–. Era el hijo de Rembrandt. Creo que tenía ocho años cuando se pintó el cuadro, y me parece que murió poco después.

Suki ya no sonreía.

–Pobre hombre –dijo–, es duro perder a alguien a quien querés mucho.

Mientras volvían a casa por el parque, Ana dijo:

–Es curioso, para mí siempre fue simplemente un cuadro. Pero para vos era como si fuera una persona de verdad.

–¡No! –replicó Suki–, ya sé que el cuadro no era una persona de verdad. En realidad, creo que por eso nunca me gustaron mucho los cuadros, porque no están vivos. Es verdad que me gusta cuando me señalás los colores y el modo como están dispuestos, pero, para mí, los cuadros nunca fueron otra cosa que grandes rectángulos de tela manchados. Sólo cuando tienen algo que ver con la vida o con la gente les encuentro algún interés –Suki sonrió cuando vio que Ana fruncía el ceño ante sus observaciones–. Después de todo –concluyó–, las personas y las cosas son muy diferentes y para mí una pintura es sólo una cosa.

–Pero te gustan las plantas –protestó Ana–, y las plantas son cosas.

–Bueno, pero son cosas vivas –replicó Suki.

–Puede ser que estén vivas –dijo Ana–, pero no tienen sentimientos y no expresan nada. Mientras que los cuadros, aunque no sean más que cosas, sí que expresan algo. Así que no es tan sencillo como vos pensabas –Ana agregó para sí–: "Ni tampoco tan sencillo como yo pensaba".

Suki dijo:

–Siempre consideré que los cuadros eran cosas lindas, como las pulseras, quiero decir, algo de adorno. Nunca pensé que tuvieran sentimientos.

–Bueno, no los tienen –respondió Ana–, pero los expresan. Y no sólo sentimientos, sino también ideas. Muchas veces, me basta con mirar un cuadro para saber cuál era el pensamiento del pintor.

Suki consideró lo que decía Ana y luego respondió:

–Así que las plantas son parte de la naturaleza y no expresan sentimientos. Y los cuadros son hechos por el ser humano y sí expresan sentimientos. Pero, ¿y el rostro y el cuerpo humano? No son hechos por el ser humano y, sin embargo, sí que expresan sentimientos. Así que ésta es una tercera clase, ¿no?

El mismo domingo, Lisa y Flor fueron juntas al cine. La película tenía muchas escenas de amor y muchos besos. Sin embargo, las chicas no estaban muy entusiasmadas y pasaron la mayor parte del tiempo cuchicheando, cambiando de asientos, burlándose, conteniendo la risa, comiendo caramelos ruidosamente y yendo y viniendo al baño. Cuando terminó la película, no hablaron de ella para nada, salvo para recordar la parte en que la novia se caía a la pileta, seguía adelante con la ceremonia y se casaba completamente mojada.

Flor no vivía lejos del cine, entonces Lisa estuvo de acuerdo en pasar un rato por lo de Flor antes de ir a su casa.

–¿Cuántos hermanos tenés, Flor? –preguntó Lisa, mirando los portarretratos sobre la cómoda.

–Tres –respondió Flor sonriendo–, todos menores que yo.

–Yo también tengo hermanos –dijo Lisa–, pero son todos mayores que yo, mucho mayores. Yo soy la más chica. Pero son buenos, mis hermanos, aunque me molestan todo el tiempo. Cuando me empiezan a molestar, creo que podría matarlos. Podría estrangularlos.

Se rió mientras lo decía y Flor supo que no lo decía en serio. Flor estuvo de acuerdo en que sus propios hermanos a veces la sacaban de quicio, pero cuando no estaban, como ese día, los extrañaba un montón.

–Dos de mis hermanos van a la Facultad y viven solos –dijo Lisa–. Cuando sea más grande, yo también voy a ir a la Facultad, a la misma que van ellos, aunque por supuesto, ellos ya no van a ir más. Después de un momento, –agregó–: ¿y vos vas a ir a la Facultad, Flor?

–Sí, por supuesto. Quiero estudiar abogacía –replicó tranquilamente Flor.

–¿Por qué querés ser abogada? –preguntó Lisa.

–Porque pienso que los abogados pueden hacer mucho por los derechos humanos, y yo quiero hacer todo lo que pueda por la gente pobre –contestó Flor–. Es así de simple.

Lisa tomó una pequeña escultura de madera.

–Es preciosa –señaló y preguntó–: ¿de dónde es?

–Del Amazonas –dijo Flor–. Mi tío estuvo allí una vez y la trajo. Me encantaría ir al Amazonas algún día.

–La gente de allí, ¿no es terriblemente atrasada? –preguntó Lisa.

–Bueno, es cierto que son pobres –respondió rápidamente Flor–. Y que no tienen un montón de cosas que tenemos acá. Pero si querés decir que son unos salvajes, diría que no. Dejáme decirte algo –continuó Flor echando chis-

Ediciones Novedades Educativas

pas por sus ojos–. Aquí, en este país, aunque se le da mucha importancia al crecimiento económico, hay un montón de gente que pasa hambre; y por malos que sean los tiempos, hay muchísimos que viven en la abundancia. Pero mi tío me dijo que en algunas comunidades indígenas del Amazonas no es así. Allí, cuando hay hambre, nadie la pasa bien, y cuando hay abundancia, nadie pasa hambre. Entonces, yo quisiera saber, ¿quiénes son los salvajes, ellos o nosotros?

Lisa no dijo nada. Estaba muy impresionada por la firmeza con la que Flor parecía sentir algunas cosas. A Lisa le hubiera gustado que Flor hablara un poco más acerca de sí misma y de lo que pensaba, pero de repente Flor volvió a ser la de siempre y no parecía dispuesta a hablar de nada que fuera personal. A Lisa le parecía que así como Flor rara vez invitaba a su casa a gente que no fuera muy cercana, tampoco discutía sus pensamientos acerca de sí misma con cualquiera. Como Lisa no tenía ningún interés en invadir la privacidad de Flor, decidió cambiar de tema.

–Flor, ¿qué pensás de lo que están haciendo Ari y Matías? –le preguntó.

–¿Te referís a que den vuelta las oraciones, que pregunten qué se sigue de esto o de aquello, que siempre anden pidiendo razones cada vez que alguien dice algo y que siempre estén tratando de ver la manera de explicar lo que pasa?

Lisa asintió.

–No sé –dijo Flor–. Supongo que está bien, aunque lleva un montón de años aprender todo lo que hay que saber acerca de la matemática, y me parece que pasa lo mismo con lo que están tratando de hacer.

–Tenés razón –respondió Lisa, sacudiendo su cabello por encima de sus hombros–. En realidad, no me estoy refiriendo a Ari. El está muy entusiasmado y se esfuerza mucho, aunque a veces no llega a ningún lado y lo reconoce. Pero Matías piensa que todo es muy simple. Cuando tiene un número, le agrega un segundo número y calcula cuál es el tercero –la suma de los dos primeros–, como siete más tres da diez. Entonces, piensa que si tomás una oración y le agregás otra vas a ser capaz de tener una tercera oración que es el resultado de sumar las dos primeras.

Flor se rió.

–Me parece que te molesta un poco que Matías tenga razón tan seguido. Pero en este caso tiene razón, ¿no es cierto? –agregó.

Lisa también se rió.

–Sí, tiene razón. Creo que lo que realmente me enfurece de él no es que tenga razón tan seguido, sino que pareciera que piensa que los hombres son mucho mejores que las mujeres.

–Es curioso –replicó Flor–. Eso nunca parece molestarme. Tal vez la gente que siempre está tratando de probar algo es realmente la que no cree en eso. Matías tiene pánico de fallar en algo, entonces nunca intenta nada salvo que piense que lo va a hacer bien. Ari es un poco diferente.

Lisa había estado haciendo algunos garabatos con un lápiz y un block de hojas que había agarrado del escritorio de Flor. Pero en ese momento se le ocurrió escribir uno de esos ejemplos que habían discutido con Ari y Matías unos días antes.

Todos los perros son animales.

Todos los collies son perros.

Entonces: todos los collies son animales.

–Mirá –dijo, señalando con su lápiz las dos primeras líneas–. Es como lo dijo Matías. Si te dan las dos primeras oraciones podés descubrir la tercera, tal como podés poner dos números juntos y obtener su suma.

Flor estudió el ejemplo un momento y luego comentó:

–No, Lisa, no es exactamente lo mismo. Porque una suma es igual a los dos números que sumaste. Pero lo que tenés acá es una conclusión que inferiste de las dos oraciones que tenías primero. Y tu conclusión no es para nada lo mismo que las dos oraciones con las que empezaste.

Lisa frunció el ceño.

–¿Por qué no?

–Porque, mirá –señaló Flor–, tenías la palabra *perro* en la primera oración y la tenés de nuevo en la segunda oración, pero en la tercera no aparece para nada.

–Tenés razón –exclamó Lisa–. Desaparece –mordió la goma de borrar que tenía el lápiz en la punta y después dijo–: Probemos con otro ejemplo y veamos si pasa lo mismo.

En otra hoja escribió:

Todos los estudiantes son personas.

Todos los de séptimo grado son estudiantes.

Entonces: Todos los de séptimo grado son personas.

–Ves –dijo Flor con aire triunfante–, la palabra *estudiantes* aparece en cada una de las dos primeras oraciones pero eso parece anularla. Las otras palabras, *los de séptimo grado* y *personas*, aparecen sólo una vez en las dos primeras oraciones, pero luego están de nuevo en la conclusión.

–Veo que hay algo más –dijo Lisa–. En la primera oración, la palabra *estudiantes* está al comienzo, pero en la segunda oración está al final. Me pregunto si eso hace alguna diferencia.

Flor rápidamente se dio cuenta de lo que pasaba.

–Sólo tenemos que hacer una cosa –afirmó–. Tenemos que ver si todavía funciona si la ponemos en otro lugar. Veamos...

Por un momento se tapó la cara con las dos manos en un gesto de concentración. De repente, retiró las manos de su cara y con una radiante sonrisa dijo:

–Ya lo tengo.

Y agarrando el lápiz y una hoja del block que tenía Lisa, escribió:

Todos los tiburones son peces.

Todos los salmones son peces.

Entonces: Todos los salmones son tiburones.

Lisa miró a Flor con decepción.

–No funcionó –exclamó–. Los salmones no son tiburones. Debe ser que cuando ponés la palabra *peces*, la palabra que se anula, al final de cada una de las dos primeras oraciones, la conclusión puede llegar a ser falsa... ¿Por qué no probamos con otro ejemplo?

Y escribió lo siguiente:

Todas las vacas son lentas.

Todas las vacas son mamíferos.

Entonces: todos los mamíferos son lentos.

Flor aplaudió entusiasmada.

–Mirá, Lisa. Pusiste la palabra que se anula -*vacas*- al comienzo y ¡otra vez eso hizo falsa la conclusión!

Lisa contestó:

–Flor, no creo que ya podamos asegurar que esté bien. Puede haber casos como el que te di recién en los que la conclusión resulte verdadera en vez de falsa. Tal vez todavía no probamos suficientes variantes y tal vez haya algunas reglas que aún no conocemos.

◆ ◆ ◆

No muchos días después, Lisa se subió una mañana al colectivo para ir al colegio y para su alegría encontró que Flor viajaba en ese mismo colectivo. Las dos charlaron un rato. Después escucharon que los dos hombres que se sentaban en el asiento de adelante estaban hablando en voz alta, y parecían enojados por algo. Las chicas estaban por concluir que los hombres hablaban de política, cuando uno de ellos dijo:

–Este país se está yendo al diablo. Y todo es por culpa de esa gente que se la pasa haciendo manifestaciones. Cada vez que miro un diario, encuentro un abogado que reclama por los derechos de alguien. ¿Te fijaste cómo todos los abogados en este país reclaman por los derechos humanos, los derechos de aquí y los derechos de allá? ¿Te fijaste cómo todos los que son de izquierda en este país reclaman por los derechos humanos? Entonces, ¿qué otra prueba necesitás de que todos los abogados son de izquierda?

Flor rápidamente abrió su agenda y escribió en ella:

Todos los de izquierda están a favor de los derechos humanos.

Todos los abogados están a favor de los derechos humanos.

Entonces: todos los abogados son de izquierda.

Y, debajo, Flor escribió el ejemplo que había usado el otro día:

Todos los tiburones son peces.

Todos los salmones son peces.

Entonces: todos los salmones son tiburones.

Le mostró la agenda a Lisa, y Lisa gritó de alegría:

–Ya lo sé, ya lo sé. Yo noté lo mismo. No se sigue que todos los salmones sean tiburones y no se sigue que todos los abogados sean de izquierda.

El colectivo paró frente a la escuela y las chicas se bajaron. Lisa se recogió el pelo, Flor sonrió y dijo:

–Al menos, hay una cosa que aprendí.

–¿Qué cosa? –preguntó Lisa.

–Lo que dirán de mí si llego a ser abogada.

Capítulo 15

Ari recién terminaba de armar su rompecabezas gigante, cuando su padre se asomó por la puerta y preguntó:

–¿Te gustaría salir un rato, Ari? Voy a comprar cigarros.

Ari se puso rápidamente sus zapatillas, mientras su padre lo esperaba afuera.

Cuando volvían a casa, el Sr. Stóteles sacó el celofán que envolvía uno de los cigarros, le mordió una punta, encendió la otra, dio una larga pitada y sacó el humo haciendo aros en el aire.

–Papá –dijo Ari–, ¿por qué fumás?

–Porque me gusta –dijo su padre.

–Pero dicen que fumar provoca cáncer –insistió Ari.

–Solamente si fumás mucho –contestó su papá.

–No sé cómo podés estar tan seguro de que no estás fumando mucho –dijo Ari–. Además, yo probé dar una pitada y tenía un gusto horrible.

–Bueno –dijo el Sr. Stóteles–, eso es bueno, tal vez así no tomes el hábito.

–Papá –dijo Ari después de un rato–, decís que fumás porque te gusta. Pero ¿te gustó desde la primera vez?

–No me acuerdo. Fue hace mucho tiempo. Me parece que no me gustaba mucho al comienzo, pero seguí fumando y al poco tiempo me empezó a gustar.

–¿Cuánto tiempo hace? –siguió preguntando Ari– ¿Desde que estabas en la escuela secundaria?

El papá de Ari se rió.

–En realidad fue más tarde. Fue cuando hice el servicio militar.

Ari pensó que nunca tendría esa experiencia, ahora que el servicio militar

Ediciones Novedades Educativas

ya no era obligatorio. Le parecía inconcebible aprender a usar un arma para pelear en una guerra. Ni siquiera podía imaginarse una buena razón para que se peleara una guerra.

–¿Cómo empiezan las guerras? –pensó en voz alta.

–Bueno –dijo el Sr. Stóteles–, hay muchas razones. La gente se odia, y cuando te querés dar cuenta, se están peleando.

–¿Eso quiere decir que, por ejemplo, los argentinos odiaban a los ingleses? –preguntó Ari.

–Hmmm... –empezó su papá–. Me parece que acá la gente no estaba enojada con los ingleses antes de la guerra. Recién después se convirtieron en enemigos.

Ari parecía confundido.

–Pá –dijo por fin–, antes dijiste que la gente primero se enoja y después pelea. Pero en este caso, parecería que fue al revés. ¿Cómo es posible?

El papá de Ari trató de pensar una respuesta. Pero antes de que pudiera encontrarla, Ari dijo:

–Estaba pensando... vos dijiste que fumás porque te gusta. Pero también dijiste que, al principio, cuando empezaste, mientras estabas en el ejército, fumabas antes de que te gustara. No lo entiendo.

–¿Qué querés decir? –preguntó su papá.

–Digo, ¿qué fue primero, fumar o que te gustara fumar?

–Fumar.

–Eso es lo que pensé –dijo Ari.

◆ ◆ ◆

Al día siguiente, el profesor Bermúdez mostró unos vasos comunicantes en la clase de ciencias. Echó por uno de los lados un vaso de agua y después de fluctuar durante un momento, el agua se estableció en el mismo nivel en ambos lados del tubo.

–Miren –dijo el profesor–, hace muchos, muchos años, la gente era muy supersticiosa y pensaba que el agua era como un ser vivo. Cuando veían caer agua de las montañas hacia el mar, o cuando veían caer la lluvia y extenderse por el suelo, decían "el agua busca su nivel". Pero, naturalmente, era un error. El agua no estaba tratando de encontrar su propio nivel, ¿no es cierto? No tiene mente. Es sólo una cosa, sólo un objeto físico. Entonces, en los vasos comunicantes, cuando los dos lados llegan a estar iguales, no es porque "el agua busca su nivel", como se decía antes. Es sólo que el agua obedece a la ley de gravedad.

Inmediatamente, Matías levantó la mano.

–Profesor, ¿el agua no debería tener una mente para, como usted dice, obedecer a la ley de gravedad?

El profesor sonrió y sacudió la cabeza.

–Tenés razón, Matías. Dije una tontería, y no me estoy riendo de vos, me estoy riendo de mí. Por supuesto, el agua no obedece a la ley de gravedad de la misma manera que una persona obedece a los semáforos. La ley de gravedad no le dice a las cosas cómo deben actuar, sólo describe cómo de hecho actúan. De modo que es tonto que yo o que cualquiera diga "el agua obedece la ley de gravedad".

Algunos chicos entendieron la cuestión y les hizo gracia lo que pasó entre el profesor y Matías. Pero otros no entendieron. El profesor empezó a explicarles, pero lamentablemente sonó el timbre y no pudo terminar.

Sin embargo, no se olvidó de la cuestión. Al día siguiente mostró de nuevo los vasos comunicantes y volvió a explicar lo de la ley de gravedad. Después empezaron a hablar de las rocas y el profesor hizo circular diferentes pedazos de rocas por toda la clase. A los chicos les encantó. Tomás levantó una que brillaba a la luz y preguntó qué era.

–Es mica –dijo el profesor–, mirá, podés arrancar pedacitos con los dedos.

–¿Cómo puede ser que se vea a través de la mica? –preguntó Miguel, a quien el profesor le había dado la piedra y estaba tratando de mirar a través de ella con un solo ojo.

–Bueno –dijo el profesor–, es casi transparente.

Con algunas dudas, Ari levantó la mano.

–Profesor –dijo–, tal vez sea una pregunta tonta, pero recién cuando Miguel le preguntó cómo puede ser que se vea a través de la mica, usted le dijo "porque es transparente". Así que mi pregunta es, ¿se puede ver a través de la mica porque es transparente, o es transparente porque se puede ver a través de ella?

–Ajá –dijo el profesor–, ésa es una buena pregunta, Ari. La respuesta puede resultarte un poco difícil de seguir, pero dejáme que te lo explique. Bueno, las cosas a través de las que se puede ver se llaman 'transparentes', ¿correcto?

–Correcto –dijo Ari.

–Bueno –dijo el profesor–, entonces eso quiere decir que se describen las cosas como transparentes si podemos ver a través de ellas. Pero sería erróneo decir que podemos ver a través de ellas porque son transparentes.

–Pero eso es exactamente lo que usted dijo –dijo Marcos.

–Si lo hice no tendría que haberlo hecho –admitió el profesor–. La palabra 'transparente' es sólo un nombre y no se explica un tipo particular de comportamiento sólo mencionando el nombre de ese comportamiento.

–Es verdad –dijo Matías–. Si estuviéramos en el Golfo de México y el viento soplara a 100 km por hora, si alguien me preguntara, "Matías, ¿por qué el

Ediciones Novedades Educativas

viento sopla a 100 km por hora?" y yo le respondiera "porque es un huracán", eso no sería una respuesta, porque sólo habría dado un nombre a lo que estaba pasando. No lo habría explicado.

–Es cierto –dijo Flor–. Como si te preguntara por qué alguien que conozco odia a cierto tipo de gente y me dijeras "porque es racista", eso no sería una explicación porque 'racista' es sólo un nombre para alguien que odia a cierto tipo de personas. No es la causa por la que actúa así.

–Tengo otro ejemplo –dijo Rodrigo–. Si estirás una gomita y al soltarla se vuelve a encoger, la llamás 'elástica'. Pero no es que se vuelva a encoger porque es elástica; sólo se llama 'elástica' porque se vuelve a encoger.

–Y el azúcar no se disuelve porque es soluble –dijo Lisa–. Se llama 'soluble' porque se disuelve.

–¿Y este ejemplo? –dijo Juana–. La gente no se pelea todo el tiempo porque sea 'peleadora'. 'Peleadora' es sólo una palabra para describir a la gente que se pelea todo el tiempo. No es la causa de su pelear, es sólo una descripción.

Cuando Ari escuchó la observación de Juana, su mente se fue de la conversación de la clase. Se acordó de la conversación con su padre la otra tarde.

Su padre y él habían estado hablando de algo parecido a lo que Juana había dicho, aunque había algo diferente. ¿Cómo era: los hombres pelean unos contra otros porque ya se odian, o es la pelea la causa de su odiarse los unos a los otros?

Entonces Ari se acordó de lo que habían hablado acerca del fumar. De la manera en que su padre lo había dicho, Ari concluyó que al principio a su padre no le había gustado fumar, pero que después de fumar durante algún tiempo empezó a gustarle. Al principio fumó hasta que le gustó, luego el hecho de que le gustara lo hizo seguir fumando.

"Del mismo modo –pensó Ari–, un soldado podría encontrarse en el ejército y estar obligado a pelear, aun cuando no odiara al enemigo. Pero al cabo de un tiempo, después de haber peleado bastante, puede desarrollar un odio que lo haga seguir peleando. Así, lo que empieza siendo la causa, puede terminar siendo el efecto –se dijo Ari–, y lo que empieza siendo el efecto, puede terminar siendo la causa."

Entonces, de pronto Ari sintió que estaba un poco molesto. Y sabía que no estaba molesto consigo mismo. Estaba molesto con su papá. "Le pregunté por qué fumaba y me dijo que fumaba porque le gustaba. Pero el hecho de que le guste es sólo la causa de que fume, y yo no quería saber la causa; yo quería que me diera una buena razón para fumar. Él tendría que haber intentado probarme por qué fumar es bueno. Estoy seguro de que si lo hubiera intentado, yo podría haberle probado por qué no lo es". Entonces Ari sacudió la cabeza. Se dio cuenta de que su padre nunca intentaría probarle que lo que él hacía era correcto. En ese momento, decidió volver a prestar atención a la roca que estaba sobre su mesa.

Capítulo 16

Todas las mañanas, el padre y la madre de Matías tenían que irse temprano a trabajar. Era demasiado temprano para que Matías fuera a la escuela cuando se iban, entonces le ponían el reloj despertador, él se levantaba, se vestía y tomaba el desayuno. Pero a su madre siempre le preocupaba que se quedara dormido y que llegara tarde a la escuela. Entonces, cada noche antes de que se fuera a dormir, le decía: "Acordáte, Matías, si te quedás dormido vas a llegar tarde a la escuela".

Aquel fin de semana, la familia hizo un largo viaje en micro para ir a visitar a los abuelos. Volvieron recién el domingo a la noche, tarde. Había sido un fin de semana largo y cansador, y a la madre de Matías le preocupaba que su hijo no pudiera levantarse a la mañana siguiente cuando sonara el despertador. Como siempre, le dijo: "Si te quedás dormido, vas a llegar tarde a la escuela". Pero esta vez, sí se quedó dormido y sí llegó tarde a la escuela. Eso fue el lunes.

Esa misma noche, la madre de Matías repitió su habitual advertencia acerca de quedarse dormido. A la mañana siguiente, Matías se levantó inmediatamente cuando el despertador sonó. Pero se había olvidado de dejar la ropa preparada la noche anterior y no podía encontrar su camisa. Buscó desesperadamente en todos los cajones. No pudo encontrar ni una camisa. Por último, decidió esperar hasta que su madre llegara a su trabajo. La llamó y ella le dijo que buscara entre las camisas de su padre. Buscó y descubrió que sus camisas se habían mezclado con las de su padre, pero cuando por fin estuvo vestido, supo que ya llegaba tarde a la escuela. Eso fue el martes.

El miércoles llegó tarde de nuevo, porque se detuvo para ver cómo algunos bomberos rescataban a un chiquito de una casa que se estaba incendiando.

No era para nada común que Matías llegara tarde, y mucho menos tres veces en una semana. No le gustaba llegar tarde.

Ediciones Novedades Educativas

Además, Matías llevaba un diario en el que anotaba las cosas que le pasaban. Hubo algo que lo confundió. Su madre siempre le advertía: "Si te quedás dormido, vas a llegar tarde". Bueno, lo que pasó el lunes demostró que ella tenía razón, porque el lunes se había quedado dormido y el resultado fue que había llegado tarde.

Pero ¿qué pasó el martes? Ni el martes, ni el miércoles se quedó dormido y, sin embargo, llegó tarde los dos días.

Matías prefería olvidarse de todo esto, sin embargo, no podía sacárselo de la cabeza. Intuía que allí había algún tipo de regla esperando para ser descubierta, una regla que lo ayudaría a entender algunas cosas. Pero no sabía qué era. Entonces decidió contarle a Ari.

Pero antes de que pudiera contarle nada a Ari, Flor y Lisa llegaron corriendo.

–¿Escuchaste? –preguntó Lisa casi sin aliento–. Juana acusa a Santi de haberle robado su mochila, había una billetera en la mochila y en la billetera, diez pesos que su mamá le había dado para que comprara un libro de música.

–¿Y Santi qué dice? –preguntó Ari.

–Dice que no lo hizo –contestó Flor–. Dice que un rato antes había estado cargando a Juana diciéndole que le iba a robar su mochila, porque ella le había dicho que tenía plata. Pero insiste en que él no la robó.

–¿Dónde están ahora? –preguntó Matías.

–Están buscando por todo el edificio para ver si la mochila está escondida en algún lado –dijo Lisa.

Matías no estaba muy interesado en los problemas de Juana. Volvió al tema sobre el que quería hablar con Ari. Matías hubiera preferido hablar con Ari a solas, sin que estuvieran presentes las chicas, pero no quería ser grosero y echarlas, entonces decidió tolerarlas. Le dijo a Ari lo que había descubierto hasta ese momento.

Ari empezó sin perder un minuto:

–Mirá, Matías –señaló–, lo que dijo tu mamá tiene dos partes. La primera parte es *Si te quedás dormido* y la segunda parte es *vas a llegar tarde.*

Lisa no pudo contenerse:

–Y, Matías, ¿no te das cuenta? –le dijo–, cada una de esas partes puede ser verdadera o falsa. Quiero decir, te quedás dormido o no te quedás dormido. Llegás tarde, o no llegás tarde.

–¡Exacto! –exclamó Ari–. Lisa tiene razón. Porque, ahora, podemos tomar

lo que dijo la madre de Matías y preguntar qué pasa si la primera parte es verdadera; o qué pasa si la primera parte es falsa; o qué pasa si la segunda parte es verdadera; o qué pasa si la segunda parte es falsa. ¿Ves, Matías, que tenemos de nuevo tus cuatro posibilidades?

Matías dijo entusiasmado:

–Esperá, esperá, voy a agarrar una tiza.

Borró rápidamente el pizarrón y empezó a escribir:

Lunes *Si te quedás dormido, vas a llegar tarde.*
Primera parte verdadera: me quedé dormido.
Por lo tanto: *llegué tarde.*

Martes *Si te quedás dormido, vas a llegar tarde.*
Primera parte falsa: no me quedé dormido.
Por lo tanto: ¿...?

Miércoles *Si te quedás dormido, vas a llegar tarde.*
Segunda parte verdadera: llegué tarde.
Por lo tanto: ¿...?

Jueves *Si te quedás dormido, vas a llegar tarde.*
Segunda parte falsa: no llegué tarde.
Por lo tanto: ¿...?

Los dos chicos y las dos chicas retrocedieron un poco para ver lo que Matías había escrito.

–¿Qué están tratando de hacer? –preguntó Flor.

–Estamos tratando de ver qué se sigue –explicó Ari–. Mirá, es fácil de ver en el caso del lunes. A Matías le habían dicho que si se quedaba dormido, llegaría tarde. El lunes se quedó dormido. Por lo tanto, se sabe que iba a llegar tarde. Y así fue.

–El problema es... qué pasa con los otros tres días –preguntó Matías.

–Bueno –dijo Lisa–, en el caso del martes, no te quedaste dormido. Pero la primera oración habla de qué pasa sólo si te quedás dormido. Así que la segunda oración no tiene nada que ver con la primera, y no se sigue nada.

–Y eso fue lo que pasó –dijo Matías.

No tenía ganas de decirle a las chicas que había llegado tarde porque no había podido encontrar una camisa para ponerse.

Ediciones Novedades Educativas

–Está bien, digamos entonces que cuando la primera parte es falsa, no se sigue nada.

–En ese caso –dijo Flor–, lo mismo pasa con el miércoles. Si todo lo que sabés es que alguien llegó tarde, no podés realmente saber si fue porque se quedó dormido o porque le pasó alguna otra cosa.

–Entonces podemos decir que cuando la segunda parte es verdadera, no se sigue nada –dijo Matías.

–¿Y qué pasa con el jueves? –preguntó Ari–. Supongamos que todo lo que sabemos es que la segunda parte es falsa. ¿Eso nos dice algo acerca de la primera parte?

–Y sí –dijo Flor–. Si Matías llegó a la escuela a horario el jueves, eso quiere decir que no pudo haberse quedado dormido.

–Así es –dijo Matías–, no me quedé dormido.

–¿Saben qué quiere decir esto? –exclamó Ari–. Quiere decir que si la segunda parte es falsa, entonces la primera parte es falsa también.

Desde el fondo del aula, se podía oír la voz del profesor Sartori diciendo: "¡Qué bien!". Había estado sentado en uno de los bancos y los chicos habían estado tan ocupados escribiendo en el pizarrón, que ni se habían dado cuenta de que estaba ahí.

–¿Quieren que yo resuma lo que acaban de hacer? –les preguntó.

–Por favor, dijo Flor.

Los otros estuvieron de acuerdo.

–Bueno –dijo el profesor–, me parece que ustedes descubrieron una regla que funciona para cualquier oración compuesta que empiece con la palabra *si*. Recuerden, nosotros podemos suponer que una larga oración compuesta que empieza con *si* es verdadera, aun cuando no supongamos que las proposiciones que contiene son verdaderas. Ahora bien, la regla de razonamiento que ustedes descubrieron funciona cuando la primera proposición de la oración es verdadera, o cuando la segunda proposición es falsa. Si averiguan que la primera proposición es verdadera, se sigue de eso que la segunda también es verdadera. O, si saben que la segunda proposición es falsa, entonces la primera tendrá también que ser falsa.

–¿Puede darnos un ejemplo? –preguntó Lisa.

–Claro –dijo el profesor–. Supongan que esta oración es verdadera: *Si te vacunás, no vas a tener sarampión*. Ahora, imaginen que les diga que Ari fue vacunado. Sobre la base de este único hecho, ¿qué pueden deducir?

–Es fácil –Lisa se reía–, que Ari no va a tener sarampión.

–Y ahora –dijo el profesor– tomemos otro caso. Pero éste es más difícil. Supongan que les digo que alguien que conozco acaba de enfermarse de sarampión. ¿qué podrían deducir de esto?

–No sé –dijo Lisa–. Me doy por vencida.

–Ya sé –dijo Flor–. Se deduce que la persona de la que está hablando no fue vacunada.

–Correcto –dijo el profesor Sartori. Fue al pizarrón y escribió:

Suponemos como verdadero:

Si se vacuna, no va a tener sarampión.

Descubrimos que la segunda parte es falsa:

Tuvo sarampión.

Entonces, la primera parte debe ser falsa:

No fue vacunado.

En ese momento, los interrumpieron el director y Juana. Juana tenía en la mano su mochila.

–¿Dónde la encontraste? –preguntó Lisa.

–Detrás del bebedero –dijo Juana–, Santi tiene que haberla escondido ahí y seguro planeaba volver más tarde para recogerla.

–¿Dónde está Santi ahora? –preguntó el director–. ¿Alguien lo vio?

–Yo no –dijo Ari.

Matías se encogió de hombros. Las dos chicas negaron con la cabeza.

–Esperen un momento –dijo Ari–. Juana, ¿dónde encontraste tu mochila?

–Detrás del bebedero, arriba, en el segundo piso.

–Bueno –dijo Ari–. ¿Y qué hora era cuando la viste por última vez?

–Me acuerdo que a las dos la tenía, cuando Santi me estaba molestando en el fondo del aula.

–¿Y a qué hora te diste cuenta de que no la tenías? –insistió Ari.

–A eso de las tres menos cuarto –dijo Juana–. Me acuerdo que miré el reloj en ese momento.

–Bueno –dijo Ari–, yo también me acuerdo de algo. Yo también estuve en el aula desde las dos hasta las tres menos cuarto, y recuerdo claramente que Santi estuvo en el aula todo el tiempo. No salió en ningún momento.

Ediciones Novedades Educativas

Ahora, si Santi te hubiera quitado la mochila, entonces seguiría estando en el aula. Pero no la encontraste en el aula. En consecuencia, Santi no te quitó la mochila.

El director miró al profesor, y el profesor miró al director, que levantó las cejas y parecía muy solemne. Entonces, el profesor sonrió a Ari. Ari se rió y miró al suelo.

Mientras tanto, Matías escribió en el pizarrón:

Suponemos como verdadero:

Si Santi hubiera robado la mochila, ésta seguiría estando aquí en el aula a las tres menos cuarto.

Descubrimos que la segunda parte es falsa: *La mochila no estaba en el aula a las tres menos cuarto.*

Entonces, la primera parte debe ser falsa y por eso: *Santi no robó la mochila.*

Pero en ese momento, Lisa tuvo una idea:

–¿Saben qué pienso? Creo que Miguel se llevó la mochila.

El director miró a Lisa.

–Ésa es una acusación muy seria, Lisa, ¿qué te hace pensar que fue Miguel?

–Bueno –dijo Lisa–, el esconderla detrás del bebedero del segundo piso. Eso es exactamente lo que Miguel haría si hubiera robado algo. Seguro que fue Miguel.

–¿Sabés una cosa, Lisa? –dijo Matías–, ¿sabés que me parece que estás diciendo? Estás diciendo esto:

Suponemos como verdadero: *Si fuera Miguel quien se llevó la mochila, entonces la hubiera escondido detrás del bebedero.*

Descubrimos la segunda parte como verdadera: *La mochila estaba escondida detrás del bebedero.*

Pero ¿qué se sigue? Nada. Acabamos de ponernos de acuerdo en que sólo porque la segunda parte es verdadera, no se puede probar que la primera también lo sea. Es como lo que me pasó a mí el miércoles.

En ese momento, Santi entró corriendo al aula, arrastrando a Miguel de la muñeca.

–Dale, Miguel –le decía enojado–, contáles lo que pasó.

–Fue sólo una broma, en serio, señor director –lloriqueó Miguel–. Estoy enojado con Juana porque cada vez que no puedo responder algo en mate-

mática me dice que soy un tonto. Por eso le escondí la mochila. Pero pensaba devolvérsela después.

–Pero hubieras dejado que lo acusaran a Santi –dijo el profesor–, y eso no hubiera sido muy justo con él, ¿no?

Miguel movió la cabeza negativamente, miró al piso, lloriqueó y volvió a sacudir la cabeza. El director dijo que quería hablar con Miguel y los dos salieron juntos.

–Bueno –dijo Lisa–, era como yo decía, ¿no? Dije que había sido Miguel, y así fue.

Flor y Ari se miraron, pero no dijeron nada. Matías, sin embargo, no pudo evitar decir:

–Lisa, tu conclusión era verdadera, pero tu razonamiento no era correcto; tuviste la suerte de adivinar. Eso es todo. Pero no lo pudiste probar.

Lisa se rió. Sus ojos brillaban maliciosamente.

–Claro –dijo–, lo admito. No podría haber probado lo que dije. Pero tuve la sensación, una especie de intuición. Y mi intuición resultó ser correcta. Después de todo, eso es lo que importa, ¿no?

El profesor tomó su portafolio. Ya había terminado todas sus clases del día. Pero no podía irse sin hacer una observación a Lisa.

–Sí, Lisa, tuviste una buena intuición. Y tal como ocurrió, tenías razón. Pero si te hubieras equivocado, otra persona inocente como Santi hubiera sufrido. En realidad, no estaba mal tratar de adivinar quién pudo haberlo hecho. Pero adivinar no puede reemplazar una investigación cuidadosa. A lo que quiero llegar es a que no me gustan las acusaciones precipitadas.

Ari asintió con la cabeza. Flor pensó que, después de todo, el profesor era una buena persona. Ella y Lisa se fueron caminando juntas. En cuanto a Matías, tenía mucho que escribir en su diario.

Capítulo 17

–Profesor –dijo Ari–, después de las vacaciones, ¿seguirá dejándonos hablar sobre esto del razonamiento en la clase de matemática?

–Por supuesto –contestó el profesor–. Si eso te parece importante, y si toda la clase está de acuerdo, creo que sería muy interesante.

–Sí, sigamos con eso –dijo Matías. Marcos y Flor asintieron en silencio.

Pero Lisa levantó la mano y el profesor le dio la palabra.

–Me parece que ya hemos jugado bastante con esas reglas tan tontas –dijo Lisa–. Creo que deberíamos hacer matemática en la clase de matemática, y si Ari y Matías quieren hablar de cualquier otra cosa de ésas, lo pueden hacer solos. Al fin de cuentas, sólo les interesa a ellos.

El comentario de Lisa sorprendió tanto a Ari, que se quedó sin saber qué decir, y como Matías pensaba que nada de lo que decía Lisa tenía la suficiente importancia como para merecer una respuesta suya, él tampoco le contestó.

Así que tuvo que ser Flor la que dijo:

–Pero Lisa, no te entiendo. Parecías muy interesada en hablar acerca de cómo pensamos y todo eso. Entonces, ¿por qué ahora estás en contra?

–Sí –dijo Marcos–, ¿cómo es eso?

–Bueno –empezó Lisa, vacilante–, no es que esté en contra. Lo que pasa es que no sé si vale la pena o si no es más que una pérdida de tiempo.

Al principio, el profesor pensó que Lisa no estaba hablando en serio, pero ahora se daba cuenta de que sí.

–¿O sea que vos creés que no aprendiste nada, Lisa? –preguntó.

–Digamos que no creo que haya aprendido algo que no supiera ya.

Ediciones Novedades Educativas

–Bueno, si ya lo sabías no pudiste haberlo aprendido –intervino María.

Lisa apenas la miró y dijo:

–Obvio.

Ari todavía estaba tratando de entender lo que estaba pasando. No podía creer que Lisa quisiera, de repente, darse por vencida así porque sí, simplemente porque no creía que pudieran llegar a algún lado. Se puso a pensar si había dicho algo que hubiera podido ofenderla, pero no se le ocurrió nada, salvo, quizá, que Lisa se hubiera molestado cuando Matías y el profesor la criticaron por acusar a Miguel de robar la mochila de Juana. Pero varios miembros de la clase ya empezaban a decir que estaban de acuerdo con Lisa.

Ari se dio cuenta de que si no hablaba ahora, toda su investigación se vendría abajo. Ya no habría más discusiones en clase sobre las ideas y el pensamiento y sobre lo que era importante y lo que no lo era, como las que tanto le habían interesado en los últimos meses. Tenía la impresión de que toda la clase lo estaba mirando, así que levantó la mano, aunque no sabía qué iba a decir. No se animó a mirar a sus compañeros, se dirigió al profesor.

–Profesor, me parece que, de alguna manera, Lisa tiene razón. Creo que personas distintas entienden las cosas de distinta manera. Tal vez algo que a ella le parece evidente, a mí no me lo parece; entonces yo tengo que descubrirlo pensando, y ella cree que yo lo tendría que haber sabido desde el principio. No sé qué más decir.

Ari había tenido la esperanza de poder decir algo muy inteligente y estaba decepcionado consigo mismo. Además, tenía la impresión de que también había decepcionado a los otros. A Marcos, a Matías, a Flor... Sabía que le correspondía hablar a él, porque creía que ellos contaban con él.

De repente, Miguel declaró:

–No sé los demás, pero yo creo que aprendí algo. Por ejemplo, qué oraciones se contradicen, y esto nunca lo vimos en lengua.

Y Laura dijo:

–Y yo todavía me acuerdo de que es incorrecto dar vuelta las oraciones que empiezan con la palabra *todos*, como cuando Rodrigo, el otro día, me dijo *todas las chicas son tontas* y yo le dije: "Puede ser, pero de eso no se sigue que todos los tontos sean chicas, porque al menos conozco a uno que no lo es."

Todos se rieron. Incluso Rodrigo.

Lisa levantó la mano. A media voz, Matías dijo:

–Vamos, Lisa, ¡terminála!

El profesor miró seriamente a Matías y dio la palabra a Lisa.

–Estuve pensando en lo que dijo Ari. Dijo que cada uno de nosotros aprendemos de manera distinta. Puede que tenga razón. Mi mamá se la pasa diciendo que saco conclusiones apresuradas y quizá sea eso lo que estaba haciendo. De todos modos, yo no quería decir que no podamos hablar en clase de cosas que consideramos importantes.

–Me alegra que por fin estés dispuesta a admitirlo, Lisa –dijo Matías con sarcasmo–. Porque sabés perfectamente que lo que es verdad es verdad, y si vale la pena descubrirlo, debemos descubrirlo.

–Lo que es verdad es verdad –repitió Lisa fríamente–. ¿Qué nos vas a decir ahora, Matías? ¿Que las vacas son vacas? ¿O que dos es igual a dos?

El profesor estaba a punto de dar un golpe en el banco para imponer orden, cuando Ari levantó la mano.

–En realidad, Matías y Lisa no están en desacuerdo sobre lo que es verdad y lo que no lo es. Lo que pasa es que Matías está acostumbrado a descubrir las cosas paso a paso, de acuerdo con reglas, como hacemos en matemática, mientras que Lisa parece que entiende las cosas en seguida, como si tuviera un presentimiento o algo así, y en seguida tiene la respuesta. Pero la única diferencia es que tienen distintos métodos de descubrir las cosas.

–Eso no demuestra que su método sea mejor que el mío –dijo Lisa.

–Él puede mostrar cómo lo hace y vos no podés –dijo Ari.

–¿Por qué pensás que no puedo? –respondió Lisa.

Esta vez el profesor sí dio un golpe sobre el banco. Durante un momento se hizo silencio en el aula y luego habló Flor.

–Me parece que puede ser que Matías y Lisa tengan los dos razón. No sé del todo cómo decir esto porque es algo que se me acaba de ocurrir. Pero estaba pensando... mientras escuchaba... cómo todos estamos acá en el aula. Es la misma para todos. Y, sin embargo... –Flor se detuvo–. ¡Ay, no sé!

–Seguí, Flor –dijo el profesor amablemente–, ¿qué estabas diciendo?

–No sé cómo expresarlo –dijo Flor–. Pero, bueno, yo estoy acá, sentada en el fondo de la clase, y usted está ahí adelante. ¿Y qué ve usted? Ve caras. ¿Y qué veo yo? Veo la parte de atrás de algunas cabezas.

–Y yo me siento en un costado y veo a todos de costado. Veo sus caras de perfil –exclamó Ana.

–Bueno, eso es lo que quiero decir –dijo Flor–. Miramos exactamente las mismas personas en exactamente la misma aula, y sin embargo lo que vemos es completamente diferente.

Ediciones Novedades Educativas

–Lo que querés decir –dijo Ana–, es que cada uno de nosotros está en el mismo mundo y, sin embargo, vemos las cosas de distinto modo. Y es verdad, porque cuando Laura y yo vamos juntas a la clase de dibujo, aunque elijamos exactamente la misma naturaleza muerta para pintar, sus pinturas resultan muy distintas de las mías. Creo que Flor tiene razón, que cada uno de nosotros vive en un mundo propio que es diferente del de los demás.

Ahora Ari agitaba la mano con energía. El profesor le hizo una seña con la cabeza indicándole que tenía la palabra:

–Ana –dijo Ari–, creo que no estás interpretando a Flor correctamente. Es decir, no creo que sea eso lo que está tratando de decir. Claro, desde atrás ella ve toda el aula llena de gente que le da la espalda, mientras que el profesor sólo ve caras. Pero lo importante es que, si ella se levantara y se pusiera adelante, sólo vería caras, y si el profesor se pusiera al fondo de la clase, sólo vería las nucas de los demás.

–Ari –dijo Lisa–, ¿lo que querés decir es que tendríamos que tratar de ver las cosas desde el punto de vista de los demás?

–Sí, más o menos –dijo Ari.

–¡Bueno! –exclamó Lisa y los ojos le brillaban–. ¿Y por qué nadie trata de entender mi punto de vista? No estoy de acuerdo con vos y en seguida todos me acusan de ser tonta o no sé qué.

–Lisa –dijo el profesor–, me parece que nadie te insultó, ni te acusó de nada. El problema es que todavía no nos explicaste de verdad con qué no estás de acuerdo. ¿Por qué no lo intentás una vez más? Nos gustaría ver las cosas desde tu punto de vista, Lisa, pero todavía no nos dijiste cuál es.

–No creo que pueda, profesor –dijo Lisa haciendo esfuerzos por mantener firme la voz, pero sin conseguirlo del todo.

–Vamos a ver, ¿qué te hizo pensar así? –insistió en preguntar el profesor–. ¿Es algo que alguien dijo en clase?

Lisa negó con la cabeza.

–No –dijo–, no, no es nada que haya dicho alguien aquí. Es una cosa que me dijo mi papá. Bueno, en realidad no me lo dijo, me lo leyó de un libro.

–¿Cuándo fue eso? –preguntó el profesor.

–Hará una semana –repuso Lisa–. Yo le conté que estábamos estudiando la mente, tratando de descubrir cómo funciona, y él se interesó mucho y sacó un libro que lee seguido. Es un libro de poesía. Y me leyó un poema sobre la mente, pero no pude entenderlo. Me gustó cómo empezaba: "La mente es una casa encantada", o algo así, pero el resto no lo entendí. Después me leyó otro, y aunque también era difícil de entender, me pareció que tenía más

sentido. Decía que los pensamientos en nuestra mente son como murciélagos en una caverna, y las ideas revolotean ciegas, siempre dentro de esas paredes. Pero después, en la última línea, el poema dice que de vez en cuando "un afortunado error modifica la caverna".

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Melina.

–Eso le pregunté a mi papá –dijo Lisa–, y él me explicó que una cosa que parece un error después puede resultar verdadera, pero esto sólo ocurre si todo nuestro conocimiento cambia. Como dijo él, es lo que pasó con Colón. Todos decían que la Tierra era plana, y que si Colón seguía navegando se caería por el borde. Pensaban que estaba cometiendo un error. Pero después se dieron cuenta de que si la Tierra se concebía como una esfera, no había ningún error.

–Entonces, ¿qué decís? –preguntó Matías–, ¿que, en vez de aprender la manera de pensar correctamente, tendríamos que aprender la manera de cometer errores imaginativos?

–Lo que digo –dijo Lisa– es que tendríamos que tener un espíritu abierto y no pensar que ya lo sabemos todo sólo porque descubrimos unas pocas reglas de pensamiento –Lisa, que estaba mirando a Matías, después dirigió su mirada a Ari que estaba del otro lado del aula–. Me gustaría seguir trabajando en esto, de veras. Era divertido. Y me parece que funciona cuando hablamos. Pero no creo que funcione cuando imaginamos, sentimos o soñamos...

Quizá Lisa hubiera seguido hablando, pero en ese momento sonó el timbre.

Había terminado la última clase del día. Marcos y María se fueron a casa juntos. Lisa y Flor salieron juntas, hablando todavía de quién tenía razón y quién estaba equivocado. Benjamín se fue solo, pero al salir saludó a Ari con la cabeza y Ari le respondió el saludo. Ari y Matías salieron juntos, casi en silencio. Laura se quedó atrás, observando cómo se iban. Después salieron juntas Ana y Suki, y el aula quedó vacía. Sólo quedó el profesor, sentado en su escritorio, quieto en el aula silenciosa. Dijo para sí: "A veces, un afortunado error modifica la caverna". Le gustaba cómo sonaba eso. Le gustaba la idea. Lo repitió una vez más: "A veces, un afortunado error modifica la caverna". El profesor sonrió, cerró su portafolio, cerró la puerta del aula, bajó corriendo de dos en dos los escalones de los dos tramos de la escalera, y salió por la puerta principal sin dejar de correr, mientras en el pasillo el director, perplejo, observaba a través de las puertas de vidrio cómo la figura del profesor se alejaba rápidamente por la calle.

Este libro se terminó de
imprimir en Weben S.A.,
J. M. Moreno 165, Lanús,
Buenos Aires, en el mes de
abril de 2001